

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

FINAL DE TRAYECTO: EL INFIERNO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

259 — Trece monedas de muerte, *Clark Carrados*.
260 — Londres 1888, *Curtis Garland*.
261 — El cadáver está con nosotros, *Ray Lester*.
262 — El circo del miedo, *Curtis Garland*.
263 — Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.

CLARK CARRADOS

FINAL DE TRAYECTO: EL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 264
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 1.246 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Estaba sentada en un banco del parque, cerca del anochecer. Las ropas que vestía eran muy usadas, casi andrajosas, y los zapatos mostraban asimismo claros síntomas de una irremediable vejez. Junto a ella, en el banco, tenía un raído maletín de fibra, adornado con unas rayas transversales que ya habían perdido el color primitivo.

Parecía muy abatida, derrotada por la vida. La boca estaba curvada hacia abajo en un inequívoco gesto de amargura, que también envolvía una buena dosis de hastío. A primera vista, hubiérase dicho que aquella mujer aguardaba allí la noche para suicidarse.

El banco estaba relativamente cerca de los límites del parque, junto al cual había una avenida por la que discurría el tránsito automovilístico. Durante unos momentos, los ruidos de los coches parecieron atenuarse al producirse una especie de solución de continuidad en la circulación.

Un automóvil se paró de pronto en las inmediaciones del parque. Su conductora lanzó un alegre grito:

—¡Vamos, Ken Clarence! Se nos está haciendo demasiado tarde para la fiesta... Condenado perezoso, he tenido que dar dos vueltas a la plaza, porque no habías llegado aún...

—Dispensa, nena —dijo el hombre—. Mi sastre me entretuvo más tiempo del calculado y, por si fuera poco, me han pegado un porrazo al coche y lo tengo en el taller... Pero, a partir de ahora, Myrna Nevers, me tienes a tu entera disposición

La mujer que estaba sentada en el banco se irguió vivamente. Las voces de la pareja habían llegado claramente a sus oídos. El coche arrancó de pronto, con un rugido de su poderoso motor, que apagó las risas de la conductora.

En los ojos de la mujer había aparecido de pronto un brillo malévolo que, sin embargo, se apagó muy pronto. Nuevamente se relajó y sus hombros volvieron a hundirse.

Inesperadamente oyó una voz a su izquierda, en el lado opuesto al del maletín.

—Los odia, ¿verdad?

Ella se volvió con rapidez. Sentado en el banco, había un hombre, correctamente vestido, sin estridencias indumentarias, salvo la corbata, de un color rojo muy vivo, en el que los reflejos de las luces ya encendidas ponían movimientos como de fuego de vivas llamas. Iba descubierto y el pelo, muy negro, terminaba en un agudo pico sobre el centro de la frente.

Las cejas eran también picudas, aunque con el ángulo menos pronunciado. Sobre el labio superior había un fino bigotito, que, con la leve sonrisa que se dibujaba en los labios delgados y bien trazados, confería al sujeto una expresión de extraño cinismo, como de estar de vuelta de todo y de sentirse superior a los demás.

Las palabras del desconocido habían sido formuladas antes como una pregunta. Al repetirlas, eran una afirmación:

—Los odia, Helen Hunnicut.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó ella.

—Yo sé su nombre, y también los de esa pareja: Myrna Nevers y Ken Clarence — contestó el desconocido, enseñando unos dientes de incomparable blancura al sonreír—. Y sé que lo que he dicho es verdad.

Helen se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué? No es delito odiar a una persona, mientras no se ejecuten acciones dañinas contra la misma.

—Muy cierto, señorita Hunnicut. Y también es cierto que no sólo Myrna y Ken son las únicas personas a las que odia y a las que le gustaría ver sumidas en la más absoluta ruina..., la ruina a que usted fue conducida por una pandilla de desaprensivos, que ahora le han vuelto la espalda completamente, considerándola tan alejada de este mundo como si no existiera. Ni uno solo de ellos ha alzado un dedo para evitar que usted se viera en esta tristísima situación, expulsada de la pensión en que se alojaba, por no poder pagar el hospedaje de las tres últimas semanas y, en estos momentos, con el cielo como techo y este banco como lecho..., y usted perdone el verso tan malo que acabo de hacer.

Helen miraba estupefacta al individuo, que tan bien parecía conocer determinadas interioridades de su existencia.

—Usted —creyó adivinar al fin—, es un detective privado.

—No —contradijo él

—Entonces, ¿quién le ha dicho...?

—Ahí, en el maletín, lleva una pistola de calibre veinticinco, con ¿e:s balas Está dudando: no sabe bien si usarla contra sí mismo o ir al Joker’s, para cambiarla por un bocadillo y una taza de café. Porque una cosa es cierta, aunque usted odia enormemente a una serie de personas, no es lo suficientemente decidida como para saciar ese odio por medio de la pólvora y el plomo.

—Sabe usted muchas cosas de mí, tanto como yo misma. Pero eso se debe a que hace días que me está siguiendo. ¿Quién le paga para que haga ese trabajo de investigación, señor...?

—Nadie, Helen. Y mi nombre es Arghaddon. Llámeme así, sin tratamientos, lo mismo que hago yo con usted.

—Arghaddon —repitió ella—. Un nombre extraño, exótico...

—De muy lejana y profunda procedencia, Helen. Pero sigamos con lo nuestro. ¿No es cierto que le gustaría vengarse de los que la arruinaron?

—¡Sí! —Contestó la mujer con singular vehemencia—. Sería capaz hasta de... Helen se calló de pronto. Arghaddon rió suavemente.

—No se atreve a completar la frase. Iba a decir que sería capaz de vender su alma al diablo, ¿verdad? —Bueno, es un tópico... A veces se dice...

—Y, en ocasiones, se hace realidad —dijo Arghaddon, muy serio.

* * *

Por primera vez en mucho tiempo, Helen rió. Fue una estridente carcajada, casi histérica, que brotó de lo más íntimo de su ser, debido a lo que estimaba una situación incongruente.

—Arghaddon, es usted de lo más pintoresco que he oído en mi vida —dijo, cuando hubo cesado el acceso de hilaridad—. Vender el alma al diablo... Eso sólo sucede en las historias antiguas...

—Y en la actualidad. Infinidad de personas venden su alma al diablo, cuando prevarican, cuando engañan en sus tratos comerciales, cuando fabrican artefactos? e ingenios destinados a matar millones de personas de un solo golpe, cuando envenenan a la gente con discursos políticos, moralmente, claro; y también físicamente, cuando venden alimentos en malas condiciones o mienten en su propaganda o sirven drogas... La lista sería interminable, Helen.

—Sí, me imagino que esas personas han vendido su alma al diablo, pero no necesitaron invocarle y establecer un pacto —contestó la mujer—. Ahora, de eso a que el diablo se haga real y aparezca en figura visible...

—¿Por qué no? Ahora me tiene en figura real y soy visible, Helen.

Ella miró fijamente al individuo sentado a su lado. «Un demente», pensó. O tal vez un tipo que pretendía burlarse de ella.

—Usted no me cree —dijo Arghaddon con acento dolido—. Pero yo sé que en más de una ocasión ha pensado que vendería su alma al diablo, de muy buena gana, con tal de poder cumplimentar su venganza.

—Son pensamientos que acuden a la mente de una forma maquinal, porque se sabe que no van a poder realzarse. Míreme. Arghaddon; no hace dos años, yo era rica, famosa, adulada por todos..., y ahora no tengo más que lo puesto y cuatro trapos viejos en este maletín. He podido aguantar mucho, pero ahora no voy a tener otro remedio que hacer algo que siempre he detestado.

—Acostarse con un hombre por dinero.

—Sí Es mi única salida. Eso... o la pistola. Arghaddon, ¿cuánto pagaría usted por una noche de placer?

El hombre meneó la cabeza.

—Yo no he venido a acostarme con usted, Helen. Estoy aquí, simplemente, para complacerla en sus deseos de venganza. A cambio de su alma, por supuesto.

—Es usted terriblemente gracioso, Arghaddon —calificó ella—. Oiga, ¿por qué no me invita a cenar? Luego buscaré un hotel donde no nos harán preguntas y... haré lo que usted me pida, a cambio solamente de veinte dólares ¿Eh?

—Helen, ¿no me cree después de todo lo que le he dicho de su persona y de las circunstancias de su vida? ¿No creé que soy el diablo?

De pronto Helen sintió una extraña sensación.

Arghaddon parecía hablar completamente en serio. Aquellos ojos, en los que parecía verse el principio de dos pozos sin fin, la corbata que parecía hecha de llamas vivas...

—Y —dijo con voz estrangulada—, si..., si fuese el diablo yo tendría que venderle el alma a... a cambio de...?

—Helen, esas personas a las que odia, ejecutaron en usted una serie de repulsivas maniobras, que terminaron por sumirla en esta catastrófica situación. También ellas vendieron su alma, aunque no trataron directamente con el diablo, como lo está haciendo usted ahora mismo. Pero yo le voy a hacer un trato, mucho más benigno de lo que suelen ser esta clase de negocios.

»Le proporcionaré los medios para ejecutar su venganza. No obstante, usted habrá de saber detenerse a tiempo por sí misma. Si su triunfo, si su victoria se le sube a la cabeza y no se detiene en el punto justo, su alma será para mí. ¿Está claro?

—¿Y cómo he de saber yo cuándo debo detenerme?

—Ah —rió Arghaddon—, eso es precisamente una parte del trato. Mujer, no se lo voy a decir yo todo. Algo ha de poner de su parte, creo.

—Bien, pero, ¿cuáles son esos medios...?

—Encontrará algo en su maletín, que no tenía a mi llegada. Con eso podrá empezar, Helen.

—¿Nada más?

—Se le ocurrirán ideas y podrá ponerlas en práctica. Todas tendrán éxito, por absurdas y disparatadas que las crea. Pero, repito; ha de saber detenerse a tiempo. Hay una línea que no debe franquear o un día vendré a buscar su alma.

—¿Cuándo, Arghaddon?

—No le diré ya nada más. A partir de ahora, el resto es suyo, Helen.

De pronto, Helen sufrió un ligero vahído. Durante unos segundos, todo dio vueltas a su alrededor. Luego volvió al estado normal.

Tenía el estómago vacío, pensó, y ello le había causado aquel mareo. Incluso había soñado en una conversación con alguien que había dicho ser el diablo.

—¡Qué disparates se sueñan, cuando se llevan casi veinticuatro horas sin probar bocado! —exclamó amargamente.

El lado izquierdo del banco estaba vacío. Arghaddon había sido solamente un sueño.

Era preciso acabar de una vez, se dijo, terriblemente deprimida. Abrió el maletín. Allí estaba la pistola...

De súbito, se quedó rígida, convertida en una estatua.

La luz de un farol cercano cayó sobre el interior del maletín, en el que se veía un fajo de billetes de Banco.

Durante unos momentos, Helen se sintió invadida por un terror infinito. No, no había sido un sueño. El diablo en persona, si eso se podía decir de un

espíritu, había estado hablando con ella. «Encontrará algo en su maletín, que no tenía a mi llegada», había dicho Arghaddon.

Contó, rápidamente los billetes. Cien de a cincuenta, cinco mil dólares.

«Con eso podrá empezar, Helen», repitió mentalmente las palabras de Arghaddon. De súbito, se irguió.

El fajo de billetes fue a parar al bolsillo de su raído abrigo de entretiempo. No lejos del parque, había un *drugstore*, abierto las veinticuatro horas del día, con su sección de ropa, cafetería, restaurante...

Aunque tenía hambre, estimó que ¡o más necesario era comprarse ropas nuevas. Después cenaría y luego se buscaría un alojamiento más decente que la pensión de que había sido expulsada aquella misma tarde.

Y después...

Entornó los ojos. Iba a iniciar el camino de su venganza, un trayecto que debía recorrer con la prudencia justa para detenerse en el punto exacto. Porque si no lo hacía, aquel trayecto tenía un final: el infierno.

El maletín quedó en el parque. Ya no lo necesitaba para nada.

Ni tampoco la pistola, que fue a parar al imbornal de la alcantarilla más cercana.

CAPITULO II

Se oyó una cristalina carcajada. Una mujer reía alegremente el chiste que acababan de contarle.

Un tanto asombrado, Gary Patterson volvió la cabeza. Allí estaba la mujer, en la cual no había reparado hasta aquel momento, dada la cantidad de personas que asistían a la fiesta, en la que él también era uno de los invitados.

Durante unos momentos, contempló a la mujer. Alta, de peinado sofisticado, elegantísimamente vestida con un traje largo, de tejido plateado, procedente sin duda del taller de un acreditado modisto. Ella tenía en torno a la esbelta garganta un collar de perlas, de cuatro vueltas, muy ceñido, de modo que más parecía el exótico adorno de una mujer perteneciente a una tribu primitiva. Pero las perlas eran auténticas y la joya, en su conjunto, debía de costarle una fortuna.

Patterson tardó unos segundos en reconocer a la mujer.

—¡Diablos, es... Helen! —exclamó.

—La misma —confirmó el hombre que estaba a su lado—. Está cambiada, ¿verdad?

Claro que tú has estado tres años fuera del país...

—Cuando me marché, estaba al borde de la ruina —murmuró Patterson—. Y me ofrecí a ayudarla, pero ella rechazó mis ofertas.

—Se arruinó. Quedó en la más completa miseria. Desapareció de su ambiente y durante meses, más bien años, casi dos, nadie supo nada de ella. Un día, de repente, volvió a ser visible... y pareció como si hubiese estado estudiando una asignatura llamada

«Cómo triunfar en los negocios», porque en un año, repito, ha ganado una bonita fortuna. Y no parece detenerse, Gary.

Patterson tomó un sorbo de la copa que tenía en la mano.

—Si eso es cierto, no cabe la menor duda de que ha cambiado notablemente, porque su ruina se debió, precisamente, a su incapacidad para los negocios.

—Y a que varias personas se coaligaron para arruinarla, no lo olvides, Gary.

—¿Es eso cierto, Clem? Yo había oído rumores al respecto, aunque no les concedí demasiado crédito...

—Los rumores tienen todos los visos de ser realidad. Incluso podría citarte los nombres de las personas que entraron a saco en la fortuna de Helen. Pero, me imagino, a un investigador como tú no le interesan cierta clase de chismorreos, claro.

Patterson sonrió.

—Los chismorreos que me interesan son los que se producían en Mesopotamia, siglos antes de Jesucristo —contestó.

Clem McDonald se echó a reír.

—Estos arqueólogos... —dijo—. Perdona —se disculpó d? pronto—; he visto a unos amigos y quiero saludarles...

Patterson se quedó solo. Entonces le vio Helen.

Una sonrisa apareció en los labios de la joven. Con paso vivo, se acercó a Patterson.

—Gary, querido, cuánto me alegro de verte —dijo, a la vez que le tendía una mano—.

No sabía que estuvieras aquí.

—Lo mismo me pasa a mí —sonrió Patterson—, Estoy por apostar que fuimos invitados por un amigo común.

—Sí, eso es cierto, Gary, te encuentro muy bien. Estás fuerte, tostado... Aunque hace ya tres años que no nos veíamos, pareces otro.

—Sí, unos tres años. Yo he permanecido todo ese tiempo en el extranjero.

—Entregado a tu afición favorita, claro.

—Bueno, es afición... y también profesión, Helen, recuérdalo. Pero tienes que permitirme te diga estás más hermosa que nunca.

—¿Hablas en serio, Gary? —preguntó ella, visiblemente halagada.

Patterson suspiró. Helen era muy alta, tanto como él, cosa que le hacía sentir un pequeño complejo. Era la mujer que triunfaría en cualquier parte por su belleza, su inteligencia, su desenvoltura... El, en cambio, tenía más aspecto de búho sabio que de otra cosa, sobre todo, si se consideraban las gafas de gruesos cristales que se veía obligado a usar.

Ella se puso seria.

—Gary, tengo que darte las gracias —murmuró—. Hace años, fuiste el único que se brindó a ayudarme en la desgracia.

—Y tú rechazaste mi ayuda.

—Sí.

—No quisiera ofenderte, pero apostaría algo a que pensaste que mi ayuda encubría segundas intenciones. Me gusta ser sincero, Helen.

—Dices la verdad, de modo que no tengo por qué ofenderme. Pero, aunque tus intenciones fuesen buenas...

—Lo hice sin esperar nada a cambio —exclamó él, vivamente.

—Ahora me doy cuenta, Gary, perdóname. De todos modos, has hablado con sinceridad y yo voy a ser sincera contigo. Aunque en tu ofrecimiento hubiese habido algo más que el solo deseo de ayudarme, fuiste el único que intentó tenderme una mano. Y eso, puedes tener la seguridad, es algo que no olvidaré jamás.

—Ahora debo ser yo el que te dé las gracias —contestó Patterson—, Pero hay algo que me extraña.

—Dime, Gary...

—Hemos acordado ser sinceros, ¿no?

—¡Claro!

—Te arruinaste, aparte de la conspiración de que fuiste objeto, porque eras una persona absolutamente negada para los negocios. ¿Cómo se ha producido

ahora ese cambio tan repentino?

Helen le miró sonriendo por encima de su copa.

—Si te dijese la verdad, no me creerías —contestó—. Aun a veces, a mí misma me parece un sueño.

—Puedes hablar; soy discreto.. Ella meneó la cabeza.

—No, Gary. Quizá algún día.,, —De pronto, movió la mano en dirección a un grupo situado en el otro ángulo del salón—. Ahora mismo voy, muchachos —exclamó—. Gary, querido, tienes que perdonarme... Pero me gustaría recibir una invitación tuya para cenar, uno de estos días.

—No sé tu dirección, poique supongo que ya no vives en el mismo sitio, Helen.

—Luego te la daré. Ahora dispénsame, querido.

Helen se marchó. Patterson la contempló melancólicamente.

Parecía una reina. Había estado enamorado de Helen, como un colegial, pero ella no le había dado jamás la menor esperanza. Incluso se había burlado de él, aunque sin demasiada exageración, todo había que decirlo.

Quizá por eso, una vez fracasado en sus aspiraciones, había aceptado la misión que le había encomendado su universidad. Los tres años pasados en el Próximo Oriente parecían un soplo ahora.

Melancólicamente pensó que ahora todo volvía a ser igual que antes: Helen como centro de atención de todo el mundo, altiva y desdeñosa, a pesar de su aparente condescendencia.

Apuró la copa. Era mejor no pensar en cosas que ya no tenían remedio y que, en cierto modo, resultaban desagradables.

* * *

Al cabo de un buen rato, Patterson quiso huir del cargado aire de la fiesta y salió a la terraza, situada a tres metros sobre el parque que rodeaba la mansión. Con un cigarrillo en la mano, se paseó a lo largo de la terraza, a la que daban grandes ventanales que correspondían en parte a la sala y en parte a otras estancias.

De pronto, al pasar por delante de uno de los ventanales, oyó la voz de Helen. Sonaba áspera, irritada, autoritaria:

—¡Le he dicho que venda esas acciones, señor Hustler! Ya no me interesa tenerlas.

—Pero, señorita Hunnicut, su cotización es muy buena en la actualidad.

—Venda —insistió ella fríamente—. Por lo que le den, ¿entendido?

—No me darán mucho...

—Me da lo mismo. Venda.

—Está bien, la responsabilidad es suya, pero habrá de permitirme que le diga dos cosas.

—Sí, señor Hustler, se lo permito.

—Primero, Samuel Devon puede salir muy perjudicado..

—Que se fastidie.

—¡Señorita!

—He dicho «que se fastidie». ¿Es que no me ha entendido?

Hubo un instante de silencio. Luego, Patterson volvió a oír !a voz de Hustler:

—Señorita Hunnicut, hace unos años, usted intentó también actuar en negocios y acabó como acabó. Eso es lo que quería recordare.

—Hace años, yo tenía mucha menos experiencia, aparte de que hay varias personas que se confabularon para dejarme en la miseria. Y ahora, y en este aspecto, no sólo no acepto sus consejos, sino que le ordeno obedecerme. ¿O habré de buscarme otro agente de Bolsa, señor Hustler?

—Para lo que hago, casi sería mejor...

—En tal caso, recomiéndeme a su sustituto. —La voz de Helen, observó Patterson, era fría, completamente despiadada.

—Devon quedará en una situación muy crítica —insistió Hustler.

—Sí, lo sé. ¿Y qué me importa a mí? O hace lo que le ordeno o mañana tendré un nuevo agente de Bolsa. ¿Está claro?

Hustler suspiró de tal modo, que incluso lo oyó Patterson.

—Sí, señorita.

De nuevo sobrevino el silencio. Patterson, un tanto curioso, miró a través de los cristales, no completamente cubiertos por las cortinas que había al otro lado.

Helen estaba en pie, junto a una mesa de despacho. Se hallaba, evidentemente, en el gabinete de trabajo del anfitrión, a quien, pensó, habría pedido permiso para celebrar la borrascosa entrevista con su agente de Bolsa.

En aquellos momentos, Helen golpeaba un cigarrillo contra la pulida superficie de la mesa. Luego lo llevó a sus labios y aplicó la llama de un encendedor de malaquita. Patterson la vio un tanto nerviosa, pero también fríamente resuelta a que Hustler cumpliera sus órdenes.

El ventanal, en realidad una puerta de estilo antiguo, con montante en semicírculo, estaba entreabierto. Por aquella rendija habían salido los sonidos de la conversación. De pronto, Patterson vio que se abría 1a puerta del despacho.

Un hombre avanzó rápidamente hacia la joven. Tenía unos cuarenta años y ya empezaba a engordar y a perder el cabello. Sin duda, pensó Patterson, era Sam De von.

—¡Helen! Me han dicho que vas a vender tus acciones...

—Es cierto, Sam.

—Pero bajarán una enormidad...

—Y eso, ¿qué me importa a mí? Esas acciones ya no me interesan en lo más mínimo.

—Helen, te ruego reconsideres tu decisión. Prácticamente, todo mi capital está en el otro paquete de acciones. He tenido que pedir un crédito muy elevado, con la garantía de esas acciones. Si su cotización baja, el Banco me

reclamará la devolución del dinero prestado. Tendré que vender todo, me arruinaré...

Helen adelantó el busto espléndidamente conformado. En sus grandes ojos negros había un brillo casi demencial, observó Patterson.

—Sam, hace años, tú y otros como tú os conjurasteis para arruinarme. Caí en la más profunda miseria, pasé hambre, me expulsaron de mi alojamiento, por no tener siquiera los dieciocho dólares de las tres semanas de pensión que debía... Estuve a punto de pegarme un tiro.

Y ahora tú vienes a suplicarme que no haga lo que creo debo hacer, sólo porque temes arruinarte. ¿Acaso tengo yo la culpa de tus estúpidas especulaciones? ¿He de tener compasión del que no la tuvo conmigo y me robó y me estafó? Tus negocios me importan un rábano, Sam. Esas acciones, simplemente, han dejado de interesarme y quiero venderlas.

—Pero tú también perderás...

—Sí pierdo, no te preocupes. Preocúpate de ti mismo, y déjame en paz.

—Helen, por el amor de Dios, por última vez... —rogó Devon desesperadamente

—No.

Devon pareció sentirse abrumado.

—Me veré en la miseria —gimió,

—¡¿Y qué? Te lo mereces, Sam.

—Eres despiadada, no tienes corazón...

—¿Lo tuviste tú hace años conmigo? ¿Lo tuvieron los otros? No, ¿verdad? Entrasteis a saco en mi fortuna, como tiburones, metiendo las manos en el cofre del tesoro, para sacarlas repletas de dinero... Oh, Sam, me das asco, verdadero asco... Anda, lárgate ya y déjame en paz y no vuelvas a verme en los días de tu vida.

—Helen, diría que lo haces por vengarte de nosotros,

—Y si así fuera, ¿quién podría reprochármelo? ¿Quién podría acusarme de hacer una operación de Bolsa, perfectamente legal por otra parte? En lo que me hicisteis unos años, ¿tenía yo base legal para apoyar una demanda judicial por robo, estafa o malversación? Pueden criticarme por la venta de esas acciones, y tú quizá el primero, pero nadie puede impedírmelo.

Helen aplastó su cigarrillo contra un cenicero y abandonó el despacho, dejando tras sí a un hombre sumido en la vergüenza y la humillación. Y Patterson, involuntario testigo de las dos conversaciones, abandonó también aquel observatorio que le había permitido enterarse de ciertos aspectos del carácter de Helen. Antes la había conocido orgullosa y pagada de sí misma. Ahora, además, la veía carente de sentimientos.

Moviendo la cabeza tristemente, volvió al salón. Helen, deslumbrante, se le acercó a los pocos momentos.

—No lo olvides, Gary —dijo—. Tienes que invitarme a cenar un día cualquiera, cuando te apetezca.

Patterson la miró fijamente.

—¿Desde cuándo el bello cisne se digna conceder su atención a: pato feo y desgarbado? —preguntó.

Helen echó la cabeza hacia atrás para lanzar una cristalina carcajada. Si no la hubiera visto, si no la hubiera oído unos minutos antes, Patterson habría creído encontrarse ante una mujer muy distinta de lo que era en realidad.

—Oh, vamos, vamos, Gary, no te consideres menos valioso de lo que eres realmente — dijo ella—. La petición es sincera. Quiero que me invites a cenar, ¿entendido?

—Buscaré una fecha libre. Tengo mucho trabajo actualmente —se excusó él.

La mano de Helen, larga, fina, de uñas perfectamente manicuradas, se posó en su brazo.

—Encuéntrala y pronto, querido —dijo

CAPITULO III

El hombre salió del edificio como ciego, sin ver nada de cuanto le rodeaba. Caminaba a trompicones, dando la sensación de que estaba borracho. Algunos transeúntes le miraron con ira, tras esquivar el encuentro físico con el individuo que atravesaba la acera en línea recta, para descender a la calzada, sin darse cuenta de que el semáforo para vehículos estaba en verde.

Un automóvil frenó a dos pasos de distancia y su conductor sacó el puño por la ventanilla y le apostrofó groseramente. Sam Devon ni lo oyó siquiera. Ni tampoco oyó el ulular de la sirena del pesado camión de transporte que se le echaba encima.

En aquel momento volvió a tropezar. Cayó hacia adelante. Los frenos del camión chirriaron, pero su conductor no tenía ya fuerzas para detener la mole de cuarenta toneladas. Entre los espectadores de la escena se elevó un grito unánime cuando las gigantescas ruedas aplastaron el cuerpo caído en el centro de la calzada.

Gary Patterson leyó la noticia al día siguiente, en el periódico, mientras tomaba el desayuno. El café le pareció de repente hecho con cenizas.

Durante unos segundos, se negó a dar crédito a las palabras que tenía ante sus ojos.

Luego, rehaciéndose, buscó más detalles del suceso.

Algunas testigos declaraban que Devon parecía haber querido suicidarse. Otros decían que estaba borracho y que no se daba cuenta de lo que hacía. Ninguno, en fin, conocía la verdad, salvo el propio periodista, quien, al final del relato, apuntaba los rumores que corrían sobre la ruina de los negocios de Devon.

Patterson hizo un esfuerzo y volvió a llenar su taza de café. Su ama de llaves, Mildred Grines, entró en aquel momento.

—¿Ha terminado ya, señor? —Vio el rostro del joven y se sintió preocupada—, ¿Se siente mal? —preguntó solícitamente.

—No, no, señora Grines.. Es que..., acabo de leer la noticia de la muerte en accidente de un conocido...

—Oh, qué lástima —dijo Mildred—, ¿Era muy amigo suyo?

—Simplemente conocido, pero me ha impresionado mucho. Aunque nuestras relaciones no eran demasiado íntimas, temo que habré de visitar a la viuda para darle el pésame: —Patterson se limpió los labios con la servilleta —. Es probable que no venga hoy a almorzar, señora Grines.

—Bien, señor. De todos modos, en el frigorífico encontrará fiambres y un pollo frío, que voy a meter ahora en el horno.

—Gracias, señora Grines.

La visita a la viuda fue un acto social harto deprimente. Sobre todo, cuando Mary Devon, dejándose llevar por los nervios en una ocasión, lanzó una serie de apostrofes centra la causante de la ruina de su marido, cosa que le

había llevado a éste a perecer bajo las ruedas de un camión. Patterson, cortés, no quiso replicar nada, acordándose de que, en tiempos, Mary había sabido disfrutar de los beneficios conseguidos por Sam, después de haber robado y estafado lindamente a la presunta autora de la catástrofe.

Claro que Helen Hunnicut estaba viva y Sam había muerto, y ¡a diferencia entre seguir viva y poder rehacerse de la pobreza, y acabar en una tumba, era sustanciosa.

Tres días más tarde, le llamó Helen.

—Hace ya seis semanas que nos vimos de nuevo y aún no has tenido la consideración de invitarme a cenar, como te pedí entonces.

—Te dije en aquella ocasión que tenía mucho trabajo.

Estoy poniendo en limpio los apuntes que traje de mi expedición arqueológica y ello me lleva muchas horas del día.

—¿Es que no te deja siquiera un par de horas libres para acompañarme a cenar? Puedes buscar un restaurante barato, con tal de que sea limpio... Oh, temo que he cometido una indelicadeza, Gary —exclamó Helen—. Estoy acostumbrada a las comodidades y pienso que todo el mundo puede costearse ciertos estipendios,..

—No te preocupes —contestó Patterson secamente—. Ya sé que tú eres rica y yo tengo que vivir de mi trabajo. Pero no tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo o no quieres estar conmigo? Patterson vaciló un instante.

—Devon ha muerto —dijo,

—Lastimoso —contestó ella—, Pero ¿qué le puedo hacer yo...? La culpa no es mía...

—Su esposa te acusó de su ruina, Helen. Ella se sulfuró

—Hace cuatro años, Devon, con unos cuantos más, me robó mi fortuna —replicó vivamente.

—Y te quedaste en la miseria, lo sé. Pero, sí conseguiste rehacer tu fortuna, ¿no podías sentir un poco de compasión por los que te defraudaron?

—Gary, no me vengas ahora con sermones. Hice lo que debía hacer, eso es todo.

—Sí, ya lo he visto. Adiós, Helen.

Patterson colgó el teléfono. Ella le llamó desesperadamente:

—¡Gary! ¡Gary!

Pero ya no recibió contestación. Furiosa, dejó también el teléfono y se preguntó por qué sentía tanto interés por un hombre que la despreciaba tan abiertamente.

Un hombre joven, pero absortó en sus estudios e investigaciones, un tipo raro que era capaz de pasarse tres años en el desierto, soportando incomodidades sin cuento, con la piqueta del excavador en la mano, aguantando el calor, la arena, las moscas, la falta de agua... Un hombre, en fin, que no sabía ver más allá de sus libros abrumadoramente pesados e insoportablemente áridos.

Había hablado desde su dormitorio, lujosamente decorado en blanco y oro. Una de las paredes era un gran espejo. Helen se puso en pie y dejó caer el peinador que la cubría, contemplándose orgullosamente reflejada en 1a superficie azogada. Aquel cuerpo que veía era el de la mismísima Afrodita, pensó.

Y luego, sonriendo, murmuró dos palabras, cuyo significado nadie sino ella conocía:

—Gracias, Arghaddon.

* * *

—Señor Hustler, compre.

El agente de. Bolsa respingó:

—¡Señorita Hunnicut! Lo que usted quiere hacer es una locura —exclamó.

Helen, exquisitamente vestida con un traje de chaqueta, estaba sentada frente a Hustler, las piernas cruzadas y el bolso sobre el regazo. Bolso y zapatos eran de auténtica piel de cocodrilo y, sobre su seno, descansaba un pasado medallón de oro y diamantes. Con gesto perfectamente calculado, abrió el bolso y sacó una costosa pitillera de platino, con sus iniciales en rubíes.

—Compre —repitió, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios. Hustler meneó la cabeza.

—Señorita Hunnicut, haré lo que usted me dice.,., y presiento que acertará, como en ocasiones anteriores. Después de la muerte de Devon, las acciones volvieron a subir como la espuma...

—Lo sabía —sonrió ella—, ¿No me ofrece fuego?

—Sí, claro. —Hustler se levantó y dio la vuelta a la mesa—. Esa fábrica, añora sin pedidos suficientes para elaborar los sujetadores de cuatro plumas, estará de nuevo en pleno rendimiento antes de seis meses.

—Y no fabricaremos vainas de cartuchos para el ejército, sino vainas para tubos de lápiz labial. Ya he hablado con un ingeniero que se encargará de dirigir la producción, según mi propio diseño.

Hustler se quedó boquiabierto.

—No... harán cartuchos...

—No —confirmó ella fríamente—. Lápices labiales, con mi marca. «Doble H.» Usted se encargará de la inscripción en el Registro de Marcas y Patentes, ¿verdad?

—Sí, sí... Oiga, diríase que usted puede ver el futuro...

—Algo hay de eso —rió Helen complacidamente.

—Pero la fábrica pertenece a Ken Clarence. No querrá vender a un precio tan ridículamente bajo.

—No tiene otro remedio que vender. O vende o se declara en quiebra y va a parar a la cárcel. —Helen puso el cigarrillo sobre el cenicero y se levantó—. Infórmeme sobre los resultados de la operación apenas esté concluida.

—Sí, señorita Hunnicut. Oiga, Clarence, hace años... Helen se volvió, ya en la puerta.

—Clarence, hace años, me robó y estafó miserablemente. ¿Qué ha sabido hacer desde entonces, quiere decirme?

Hustler bajó la cabeza.

—Tiene usted razón —murmuró. Y luego se estremeció al pensar en la visita de Clarence, que no iba a tener nada de agradable.

* * *

La mujer salió del portal donde había estado guarecida hasta aquel momento y se acercó al transeúnte.

—¿Me das fuego, buen mozo? —pidió, con sonrisa profesional.

—Claro —accedió Patterson. Sacó su mechero, lo encendió y acercó la orilla al cigarrillo que estaba sostenido por unos labios cargados de pintura roja. Entonces, la llama alumbró el rostro de la mujer—. ¡Mary! ¡Mary Devon! —exclamó.

Ella retrocedió vivamente. El cigarrillo cayó de su boca al suelo.

—Tú, Gary Patterson...

—Sí, el mismo. Pero dime, ¿qué diablos haces aquí?

Mary se enderezó y sacó el busto opulento y con innegables atractivos. A sus treinta y cinco años, era todavía una mujer de grandes encantos físicos.

—Imagínatelo —contestó—. Pesco «clientes».

—Pero, Mary...

—¿Qué quieres? Después de la muerte de Sam, quedé en la ruina. No sé hacer nada más que., venderme por un puñado de dólares.

De pronto, Patterson agarró a la mujer por un brazo.

—Vamos —dijo—. Veo un bar ahí cerca. Tomaremos una taza de café y veré en qué puedo ayudarte.

Mary contuvo unas lágrimas.

—Oh..., no sé qué decirte...

—Tu marido y yo no éramos sino simples conocidos, pero, aun así, me siento horriblemente deprimido al verte en esta situación —dijo Patterson más tarde, sentado frente a la mujer—. ¿Es que no tienes otra salida que ésta para tus problemas?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—La ruina fue total —contestó—. Apenas si quedó dinero suficiente para pagar las últimas deudas. Una semana después de la muerte de Sam, me embargaron los últimos bienes que me quedaban: 1a casa, aquí en la ciudad, y la cabaña de recreo en las montañas. Me vi en la calle, sólo con lo puesto..., y tuve que...

—Sam tenía amigos. ¿Ninguno de ellos fue capaz de ayudarte?

—Ninguno. No eran amigos, lo demostraron cuando quedé en la ruina. Sólo buenas palabras, Gary —respondió—. Pero no puedo vivir con buenas

palabras...

—Escúchame un momento. Voy a intentar ayudarte. Déjame tu dirección. Creo que hay vacante un puesto de ayudante de bibliotecaria en la Universidad. El sueldo no es muy elevado, pero siempre será mejor que hacer de... de...

—Trotacalles —dijo ella crudamente.

—Bien, si lo llamamos así... —Patterson sacó su agenda y un lápiz—. Vamos, dame tus señas.

Había lágrimas en los ojos de Mary. Una vez terminada la anotación, Patterson guardó la agenda y sacó unos billetes. Ella rechazó la oferta vivamente.

—Tengo algo de dinero. Puedo aguantar unos días.

—Está bien. Creo que mañana podré darte buenas noticias, Mary.

Salieron de nuevo a la calle, en donde se despidieron. Mary quedó en la acera, con los ojos húmedos, viendo la figura del joven que se empequeñecía en la noche.

De pronto sintió en su brazo izquierdo el contacto de una mano.

—Anda, guapa, camina —dijo un hombre. Ella se volvió.

—Ya no trabajo, Will Stone —declaró. El sujeto rió suavemente.

—Para mí, y esta noche, sí —dijo, a la vez que la empujaba hacia adelante.

—Will, déjame... Stone se enfureció.

—¿Es que te has puesto de acuerdo con ese fulano? —dijo coléricamente —. Te he visto con ese idiota que tiene cara de profesor y parecías como si te lo quisieras comer...

—Es un buen amigo, Will, nada más —respondió Mary secamente, mientras, volviendo la espalda al sujeto, echaba a andar—, Y va a ayudarme, porque no quiero seguir más esta clase de vida ni menos aguantar a tipos como tú. Lo dejo, ¿te enteras?

Algo enturbió súbitamente la mirada de Will. Fue como una nube roja, que le cegó momentáneamente. Metió la mano en su bolsillo y sacó algo que emitió un chasquido metálico.

—¡Mary! —llamó.

Ella se volvió instintivamente. Cuando quiso darse cuenta de lo que iba a suceder, era ya tarde. El cortante filo de la navaja rasgó hondamente su cuello, casi de oreja a oreja.

Mary emitió un gorgoteo inhumano, a la vez que se llevaba ambas manos a la horrible herida, de la que salía un espantoso caño de sangre. Mientras, cobardemente, Stone se daba a la fuga, ella, después de unos traspiés, cayó al suelo, convulsionándose de una forma horrible. Pero la anemia se produjo con gran rapidez y sus movimientos cesaron muy pronto.

CAPITULO IV

Todavía impresionado por el encuentro con Mary Devon, Patterson llegó a su casa e introdujo la llave en la cerradura. Entró, empujó la puerta hacia atrás y, apenas había dado un par de pasos, se detuvo en seco, petrificado por la sorpresa.

La mesa estaba puesta y había dos velas encendidas. Patterson parpadeó al ver que había servicio preparado para dos personas. Pero él no recordaba haber invitado a nadie.

—¡Señora Grines! —exclamó en voz alta, para ser oído desde la cocina—, ¿Quiere decirme quién va a ser mi acompañante durante la cena?

La voz que llegó desde el interior de la casa no era precisamente la del ama de llaves:

—¿Eres tú, Gary? Anda al baño y lávate las manos; la cena estará lista antes de cinco minutos.

Patterson creyó que se le caía la mandíbula inferior. Estuvo así un instante y luego, de súbito, echó a correr hacia la cocina.

—¡Helen! —gritó—. Por todos los... Pero ¿qué haces aquí?

Helen Hunnicut, elegante pero discretamente ataviada, volvió un poco la cabeza, para sonreírle por encima del hombro.

—Puesto que han pasado meses y meses y tú no te dignas invitarme a cenar, he tenido que invitarme yo misma —respondió alegremente—. Vine hace bastante rato, hablé con la señora Grines... A decir verdad, tengo muy poco de cocinera, pero tu ama de llaves me dejó casi todo preparado. El resto, poner la mesa y encender las velas no es demasiado difícil.

—Helen, yo...

—Anda, lávate las manos; tenemos tiempo de hablar. Toda la noche, si es preciso.

—Pero ¿es que piensas quedarte aquí..., toda la noche?

—Si no me rechazas, ¿por qué no?

Patterson meneó la cabeza y abandonó la cocina. Unos minutos después volvía a la sala, justo cuando Helen llegaba con una sopera humeante.

—La señora Orines me ha informado de que eres nombre de buen apetito, que comes de todo, que no necesitas privarte de nada y que no pasas cuidados con la línea de tu vientre —dijo—. Bien, vamos a ver si me haces una demostración de tus facultades gastronómicas.

—No comprendo nada, Helen —murmuró él, mientras la sopa llegaba a su plato—.

Tú..., aquí, en mi casa...

—Una casa algo anticuada, pero muy bien puesta y mejor cuidada, todo hay que decirlo. —Helen se sentó frente a Patterson—, Tiene el encanto de las cosas antiguas, bien hechas, que no pasan nunca de moda.

—La heredé de mis padres..., bueno, me la dejaron cuando él se retiró y

decidieron marcharse a residir en California. Allí hay sol todo el año.

—Una decisión muy acertada, Gary. Vamos, empieza ya o se enfriará la sopa. Y está exquisita, como hacía tiempo no la probaba.

Refunfuñando, Patterson empezó a toma las primeras cucharadas de sopa. De pronto se detuvo y lanzó una exclamación:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué, Gary?

—Estás aquí, hermoso cisne, en casa del pato feo. Puedes tener los hombres que quieras, guapos, arrogantes... ¿O es que tal vez ansias nuevas sensaciones?

—Gary, de todos mis conocidos, tú fuiste el único que se ofreció a ayudarme sinceramente, y no había entre ambos la suficiente intimidad como para que nadie te reprochase lo contrario. Puedo parecerte frívola, irresponsable..., pero tengo buena memoria.

—Eso lo sé de sobras —contestó él hoscamente.

—Gracias.

—Sí, tienes buena memoria. Y Mary Devon podría decir lo mismo, si estuviese aquí. Las cejas de Helen se levantaron,

—¿Mary Devon? ¿Qué tiene que ver con esta velada? —exclamó.

—Me la he encontrado hace treinta minutos. He tenido un día de mucho trabajo y quería despejarme la cabeza. Volvía a pie a casa y me la encontré en la calle... ¿Adivinas qué hacía?

—Seguramente, lo mismo que hacía antes de casarse con Sam. Patterson dio un salto en su asiento.

—¿Era...?

—Sí, una trotona. Ahora no tiene un céntimo y ha vuelto a lo suyo. ¡Qué se le va a hacer!

Patterson tiró la servilleta encima de la mesa.

—Tú no eres frívola ni irresponsable. Eres algo infinitamente peor, una mujer sin conciencia, con el corazón, si lo tienes, de piedra; desconocedora por completo de la piedad...

—¡Basta, Gary! —cortó Helen, muy irritada—. Vine a pasar una velada agradable contigo, no a escuchar insultos.

—No llames insultos a lo que es mera expresión de la verdad...

—Gary, esa mujerzuela, lo mismo que su esposo y lo mismo que los otros, se rieron de mí, mientras me despojaban, como te dije una vez, entrando a saco en mi fortuna. Literalmente, me arrojaron a la calle, hasta el punto de hacerme pensar seriamente en el suicidio. No me llames despiadada, porque lo único que hago es pagarles en la misma moneda, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero perdonar es más noble, sobre todo, cuando no necesitas de lo que tienen para aumentar tu fortuna. Déjalos en paz, olvídalos; desprécialos si quieres, pero no te vengues. Olvídalos, haz como si no existieran, y te aseguro que vivirás mucho mejor.

Helen sonrió, a la vez que apoyaba los codos en la mesa y la barbilla en las

manos entrelazadas.

—Eres adorable, Gary —sonrió—. Cualquier mujer, al oírte hablar, enloquecería por ti.

¿Qué te sucede? A los treinta y dos años, y con una envidiable posición en la Universidad, estás todavía soltero...

—Aún no he encontrado a la mujer adecuada. Y, por ahora, estoy muy bien así — refunfuñó él,

—Pero algún día te casarás, supongo. Patterson se encogió de hombros.

—No niego la posibilidad, pero tampoco tengo prisa —contestó.

—Oye, dime, ¿no hay alumnas que se enamoran del profesor? Suele suceder en la Universidad...

—Son las chicas de quince años, pero se les pasa pronto, en el curso siguiente. — Patterson alzó la vista—. Leo los periódicos y sé de tus éxitos en las finanzas. ¿Cómo lo has conseguido, cuando hace unos pocos años eras una nulidad en este aspecto?

Durante un segundo, Helen pensó en Arghaddon y dejó de sonreír. Pero no tardó en recobrar su expresión habitual.

—Llámalo perspicacia, instinto comercial, como gustes...

—Por ahí se dice que eres un nuevo rey Midas. Conviertes en oro cuanto tocas, Helen.

—Bah, exageraciones Simplemente, he sabido acertar con las operaciones mercantiles, eso es todo.

—Y has rehecho e incluso aumentado tu fortuna.

—Bueno, no puedo quejarme. Pero, en cambio, ¿a que no has oído de mí una cosa?

—¿Qué, Helen?

—Devaneos, amoríos, noviazgos, relaciones con otros hombres...

—Eso es cierto, —Patterson frunció el ceño—. Eres una mujer muy guapa. A la fuerza, debes de tener muchos pretendientes.

—Oh, sí, claro. Me pretenden a mí y pretenden mi dinero.

—Pero tú no haces caso a ninguno.

—No, a ninguno. Ninguno me convence siquiera medianamente.

—Y, en cambio, estás aquí, en mi casa. Aunque pienso que debe de ser por Variar un poco de ambiente.

—Tal vez. ¿Has terminado con la sopa?

—Sí, gracias, estaba muy buena.

Patterson sintió que se le pasaba en parte el enfado y cenó con excelente apetito. Al terminar, ella le indicó el diván.

—Siéntate, voy a servir el café y los licores.

Después, y durante un buen rato, charlaron amistosamente, ella interesándose por su trabajo en la Universidad. Luego, Helen le hizo una pregunta un tanto comprometida.

—Mujer... —dijo Patterson, embarazado—, claro que no..., bueno, sí, a veces.. Pero no soy hombre que ande correteando constantemente detrás de

unas faldas. Si la ocasión se presenta y, bueno, no es que sea un hipócrita, pero aunque no tuviese este cargo, tampoco querría compromisos, acepto. ¿Me entiendes?

—Te entiendo perfectamente, Gary. — Bruscamente, ella se sentó encima de sus rodillas—. Esta podría ser una ocasión nada comprometida y sí muy agradable, ¿no crees? Patterson vaciló. El perfume que se desprendía de aquel espléndido cuerpo femenino, el escote, tan próximo a su rostro, el arranque de los senos, suavemente redondos y la sonrisa voluptuosa de la joven, le hicieron flaquear. Y, por si fuera poco, Helen empezó a recorrer con sus labios ardientes su mejilla.

—Conmigo no habrá compromisos... —murmuró ardientemente.

Durante un instante, Patterson sintió el vértigo de la pasión. Rodeó con sus brazos la cintura de la joven y se dispuso a buscar la boca que se le ofrecía tan generosamente. Pero de súbito, y por una extraña asociación de ideas, pensó en Mary Devon. Tal vez, de haber sido otro el hombre con quien se había encontrado Mary, estaría ahora representando el mismo papel, de mujer ficticiamente enamorada.

—Helen, de acuerdo, pero con una condición —dijo. Ella le mordisqueó la oreja.

—Aceptada —susurró.

—Devuelve a Mary lo que le quitaste...

Aquellas palabras obraron en Helen el efecto de un violento repulsivo. De un salto, se puso en pie y miró al joven con ojos llameantes.

—¡Devolver a Mary lo que le quité! —Gritó descompuestamente—, Pero ¿tú que te has creído? ¡Todo lo que tenían ella y su marido había sido mío antes! La ley no me lo podía devolver, me refiero a un juicio en un tribunal común; pero también la ley dispone de otros procedimientos para arrebatarle su dinero a una persona. ¡Y el dinero que les quité, entiéndelo bien de una vez por todas, había sido mío! ¡Mío, Gary, mío!

Patterson se asombró de aquella repentina explosión de ira.

—Helen, deja que te explique...

—No, no me expliques nada. Quédate aquí, con tus papelotes y tus libracos y tus malditos consejos humanitarios, y deja que yo siga mi camino.

—Tú has elegido ese camino, Helen —le recordó sosegadamente.

—Y no pienso desviarme una sola pulgada —contestó ella con rotundo acento.

Las paredes trepidaron con el portazo. Patterson, preocupado, apoyó el índice en el puente de sus gafas y las ajustó en su sitia. Luego encendió un cigarrillo.

Helen no tenía remedio, pensó melancólicamente. Estaba demasiado ensoberbecida por sus éxitos, demasiado orgullosa de su hermosura, entregada en cuerpo y alma, no sólo a la consecución de su venganza, sino al afán de ganar dinero...

—Diríase que ha vendido su alma al diablo —murmuró, ignorante de que

acababa de pronunciar una frase de absoluta exactitud.

* * *

Por la mañana, la señora Grines le sirvió el desayuno, no sin hacer un ligero comentario sobre la estancia de la bella amiga del señor. Patterson torció el gesto.

—No se haga ilusiones, señora Grines —dijo, mientras desplegaba el periódico que la misma Mildred acababa de entregarle—. La velada no fue tan agradable como usted piensa. Anoche tuvimos ocasión de convencernos de que no estamos hechos el uno para el otro.

—¡Qué lástima! Es tan bonita esta chica.. Bueno, ya parece algo mayorcita...

—Debe de andar por los veintisiete años, no lo sé con exactitud...

Patterson se interrumpió de súbito. Delante de sus ojos tenía una noticia que le pareció escrita con letras de sangre.

Una prostituta llamada Mary Devon había sido degollada en plena vía pública, por un ruñan llamado Will Stone quien, a pesar de haberse dado a la fuga, había podido ser detenido poco después. Stone había alegado actuar por celos, pero el informador aseguraba que era un «protector» de rameras y que la muerte de Mary se debía a que ella se había negado a continuar bajo su «protección».

Abrumado, escondió la cabeza entre sus manos. Mary ya no podría ocupar el puesto que él iba a procurarle en la Universidad. Ahora ya no era más que un cadáver que yacía en las frías losas del depósito. Parecía, pensó, como si una maldición hubiera caído sobre el matrimonio Devon: primero, la ruina; después, la muerte, y para ambos en trágicos sucesos.

De repente, obedeciendo a un irresistible impulso, se levantó y fue hacia el teléfono. Lo mantuvo pegado junto a la oreja, hasta que oyó la soñolienta voz de Helen.

—Todavía es demasiado temprano... —dijo ella, entre bostezo y bostezo.

—Soy Gary. Lamento haberte despertado, pero creo que debes conocer lo ocurrido anoche, mientras cenábamos.

—El mundo se ha hundido, ¿verdad? —contestó Helen sarcásticamente.

—Para Mary Devon, sí. Anoche murió asesinada. Un rufián le cortó el cuello en plena vía pública.

—Oh, cuánto lo siento...

—No seas hipócrita, no lo sientes en absoluto. Pero tango que decirte una cosa: si hubieras obrado de otra forma, Mary estaría aún viva..

—¡Gary! ¿Cuántas veces tengo que decirte que sólo hice lo que debía? —protestó Helen enfurecidamente.

—Despojaste a Mary...

—¡No, no! —vociferó ella—. Sólo recuperé lo que era mío, y no me digas que podía haberle dejado algún dinero, porque, incluso antes de que yo

empezara a actuar en los negocios, Sam había mostrado Su incapacidad para progresar y aumentar el capital procedente del despojo que me había hecho, en complicidad con otros desaprensivos. Recuperé lo que era mío, sí, pero aún me faltaban casi cien mil dólares de la parte que había correspondido a Sam, ¿entiendes?

—En todo caso, tú les diste el golpe de gracia.

—Gary, quizá tenga yo una parte de culpa..., pero ¿no crees que todo ser humano dispone de su libre voluntad, para obrar en un sentido u otro? Si yo me hubiera estado quieta, Sam se habría arruinado en un año, dos a lo sumo. ¡Y no habría recuperado entonces lo que me pertenecía legítimamente! Estaba muy bien entelada de ello, cuando decidí pasar a la ofensiva. No te vayas a creer que fue una sucia jugada de una forma completa. Yo sólo me anticipé a unos cuantos tiburones que aguardaban a que las acciones de Sam bajasen todavía más, para adquirirlas por la mitad de lo que pagué yo, eso es todo. A ver si ahora lo comprendes de una vez.

—Pero, Mary...

—Sam la sacó del arroyo hace más de quince, años. No sabía hacer otra cosa y volvió a su lugar de origen. ¿Qué podía esperar, sino lo que le ha sucedido?

—Helen, creo que empiezo a odiarte. Hubo un tiempo en que estaba enamorado de ti y, la verdad, no tenía esperanzas. Después, cuando volvimos a vernos, pensé que quizá tenías cabida en mi futuro, y yo en el tuyo, claro, no me tomes por un machista empedernido. Pero ahora veo que nuestras trayectorias son muy distintas. Lo siento por ti, créeme.

—Gracias, Gary. ¿Algo más? —preguntó ella fríamente.

—Sólo una cosa: adiós.

Los labios de Helen se contrajeron bruscamente. Pero no dijo una sola palabra.

Ardía en ira y, sin embargo, notó que una lágrima corría por su mejilla. Furiosa, se la secó de un manotazo y, apartando la ropa de cama, se levantó de un salto.

Tenía que acudir a su despacho. Y seguir con su venganza, porque no pensaba renunciar a ella por nada del mundo.

* * *

Sonó el zumbador del interfono. Helen alargó la mano, dio el contacto y preguntó qué sucedía. La secretaria le comunicó que un caballero llamado Bray Carver deseaba visitarle.

—Hágale pasar, Molly.

—Sí, miss Hunnicut.

El hombre entró momentos después, con el sombrero en la mano. Helen le miró con sonrisa de triunfo. No mucho tiempo antes, Bray Carver era un arrogante individuo que, a sus cuarenta y tantos años, conservaba todavía la

apostura de un muchacho. Helen sabía de las frecuentes escenas de celos entre Carver y su esposa, debido a las numerosas infidelidades del marido, infidelidades que, todo había que decirlo, no siempre se debían a sus dotes de conquistador. En realidad, Carver era muchas veces el conquistado, si bien era hombre, en este sentido, débil y no se resistía jamás a la conquista.

Ahora parecía tener quince años más, abundaban las canas en su pelo y las ropas le flotaban, porque parecían hechas para un hombre con diez o doce kilos más de peso. Incluso tenía bolsas bajo los ojos.

—¿Y bien, Bray? —dijo ella fríamente".

—Helen, he venido a rogarte reconsideres tu decisión... Sé que has comprado los créditos que me hizo el Banco... Esto no suele hacerse, pero yo me había convertido ya en mal pagador y el Banco quería recuperar su dinero...

—Lo sé.

—Si me das una oportunidad, puedo levantar el negocio de nuevo. Conseguiría pedidos...

—No, Bray. Tenías una fábrica y la has perdido. ¿Quieres que te recuerde cómo la conseguiste? ¿O es que has perdido ya la memoria?

—Helen, discúlpame... Entonces perdí la cabeza.. Ella soltó una estridente carcajada.

—Perder la cabeza, a los cuarenta años... Estás de broma, Bray. Tú fuiste un buitre más de los que se arrojaron ávidamente sobre mi fortuna. No, no perdiste la cabeza; todo lo que hiciste, fue con plena conciencia de que te convenía. Y el dinero que me robaste, te sirvió para emprender un negocio que no has sabido desarrollar satisfactoriamente.

—Estoy arruinado...

—Lo estabas cuando iniciaste el despojo de mis bienes. Simplemente, vuelves al mismo punto. Empieza con otra tonta, si la encuentras, claro.

—Helen, te juro que mi plan de reestructuración de la fábrica. .

—Bray, mis planes son muy diferentes y, espero, infinitamente más productivos. En esa factoría ya no se fabricará más el gas EZ-04 Tarde o temprano, vendrá una distensión internacional y el gobierno suspenderá sus pedidos, convirtiendo en definitiva la suspensión que ahora es sólo temporal. A partir de ahora, fabricaremos el nuevo insecticida, mucho más eficaz que todos los conocidos hasta el momento y, por supuesto, absolutamente inofensivo para todas las demás especies animales. He conseguido los derechos de fabricación, aunque no la patente, claro, y pagaré un canon por esos derechos, pero las ganancias superarán infinitamente a los gastos. No me dirás, Bray, que esto no es algo que tú podías haber hecho, si hubieras tenido un poco más de: perspicacia. Pero te cegó la ganancia fácil y segura de» gobierno..., y cuando los pedidos se suspendieron, toda se te vino abajo. No me eches a mí la culpa de algo que sólo se debe a tu incapacidad —concluyó ella su larga parrafada.

—Pero la fábrica y las instalaciones valen mucho más de lo que yo te

quité...

—Con lo que he gastado en la compra de los créditos, quedo a la par. Y ahora, perdóname, pero tengo mucho trabajo.

—Helen, ten compasión de mí. Estoy en la calle... Los ojos de la joven relampaguearon.

—Estás vivo y eso es algo más de lo que te mereces. Si yo hubiera sido otra, habría apretado el gatillo de mi pistola contra ti y todos los canallas que se confabularon para arruinarme. Sal, sal de aquí y no vuelvas a verme en todos los días de tu vida.

Los hombros de Carver se hundieron más todavía. Abrió la boca para decir algo, pero no encontró palabras con las que expresar un posible alegato de defensa. Dio media vuelta y salió arrastrando los pies como un viejo.

Helen se quedó sola en el despacho. Abrió una cigarrera, extrajo un cigarrillo y lo golpeó unas cuantas veces contra la pulida superficie de la mesa. ¿Había obrado bien?, se preguntó.

—¿Por qué no? —murmuró—. He recuperado lo que era mío...

Echándose hacia atrás en el sillón de alto respaldo, entrecerró los ojos, mientras recordaba a Arghaddon. «Se le ocurrirán ideas y podrá ponerlas en práctica. Todas tendrán éxito, por absurdas y disparatadas que sean», le había dicho aquel hombre que aseguraba ser el demonio.

Cuando decidió la compra de la factoría, Hustler le dijo que cometía una locura. También le había dicho lo mismo de otras operaciones mercantiles, que luego habían resultado unos éxitos sensacionales. Hustler, el pobre, no comprendía cómo podía, con su vasta experiencia, equivocarse tan radicalmente.

Lanzó una alegre carcajada. ¡Qué poco podía imaginarse aquel severo agente de Bolsa que su cliente había hecho un pacto con el diablo! Ni siquiera se le había ocurrido insinuárselo; Hustler no la creería o, en el mejor de los casos, diría que estaba loca.

Pero no estaba loca, sino cuerda y muy cuerda. Y todavía no había completado su venganza.

Apretó los labios. Debía seguir.

* * *

A Gary Patterson le llamó la atención el hombre que estaba acodado sobre el mostrador. Había visto cómo vaciaba dos vasos seguidos, de sendos tragos. Parecía decidido a emborracharse.

Aquel rostro, pensó, le era conocido. De pronto, recordó.

—Bray Carver —exclamó, a la vez que le daba una palmada en el hombro —, ¿Qué haces aquí?

Carver se volvió.

—Gary —dijo—. Hace tiempo que no nos vemos, ¿eh?

Patterson procuró ocultar la impresión que le producía el envejecimiento

del que, tiempo atrás, había sido apodado El Bello Bray. No habían pasado cinco años siquiera y aquel apuesto individuo era ahora una caricatura de sí mismo.

—¿Estás enfermo? —preguntó.

—¿Enfermo? —Carver rió agriamente—. Mucho peor. Estoy en la ruina.

—¡Bray!

Carver pidió otra copa. Patterson extendió una mano.

—No se la sirva —ordenó al barman—. Ya ha bebido demasiado.

—Sí, señor. —El barman se marchó con la botella.

—¿Puedo ayudarte en algo, Bray? —se ofreció Patterson a continuación.

—No, la cosa ya no tiene remedio. Lo he perdido todo. Helen ha sabido jugar bien sus cartas.

Patterson se puso rígido.

—¿Helen... Hunnicut?

—Sí, la misma. Ahora es la dueña de la fábrica que yo monté hace cuatro años.

—Con el dinero que le robaste, todo hay que decirlo —murmuró Patterson. Carver se encogió de hombros.

—Era una caja fuerte abierta de par en par —respondió—. Admito que no nos portamos bien...

—¡Caramba, Bray! , Llamas «no portarse bien» al hecho de dejar a una mujer en la calle. Eso no es correcto, creo.

—Pero ahora ella es inmensamente rica..

—Lo cual no disculpa tu acción, y perdona que te lo diga. Aunque también debo admitir que podía haberse portado mejor contigo.

—Acabo de hablar con ella. No ha querido atender a razones. Salvo darme una patada en el culo, lo ha hecho todo.

—Lo siento, Bray. Si puedo hacer algo en tu favor... Carver meneó la cabeza.

—Esto se ha acabado —dijo, abrumado, Patterson respingó.

—¡Bray! No pensarás en recurrir a soluciones extremas —dijo, alarmado.

—Oh, no, no... Todavía tengo la casa; no sé cómo me la ha respetado Helen. La venderé y me iré muy lejos, con mi mujer...

Carver tendió una mano al joven. Patterson la notó fría, blanda, casi viscosa. Antaño, Carver daba unos francos apretones de manos, que hacían sentir inmediatamente simpatía hacia él. Ahora..., era un hombre derrotado, en la más amplia acepción de la palabra.

Su pensamiento fue a Helen, a la que hacía meses no había visto. Sintióse amargado. Helen tenía sus razones, no cabía duda, pero tampoco había renunciado por completo a su venganza.

¿Debía volver a verla?

Tal vez no había sabido observar el comportamiento correcto, actuar de una manara persuasiva, convencerla gradualmente...

De pronto tomó una decisión. Sí, iría a verla de nuevo en cuanto le fuera

posible.

«Mañana, que habré terminado mi trabajo», se prometió.

* * *

Bray Carver llegó a su casa, terriblemente deprimido. Acababa de hablar con un agente de fincas, para vender su propiedad, que ya tenía una primera hipoteca. Lo que iba a obtener de la venta no era demasiado, lo justo para abandonar la ciudad y emprender una nueva vida muy lejos, en donde no le conocieran.

Harriet, su esposa, pondría el grito en el cielo. A ella no parecían haberle afectado sus quebrantos económicos. Aunque ya tenía cuarenta años, estaba más preocupada por la conservación de su cuerpo, que por los asuntos de su esposo. Pero esta vez tendría que preocuparse de algo más, tendría que seguirle, si no quería quedarse en la calle, porque no pensaba darle un sólo dólar de lo que cobrase por la venta de la casa.

El salón estaba desierto. Harriet habría salido, pensó, mientras se dirigía al piso superior, para cambiarse de ropa en el dormitorio. Cuando llegó arriba, abrió la puerta y... Harriet, completamente desnuda, estaba en la cama con un jovenzuelo que no tendría más de veinte años. Los dos amantes ni siquiera se dieron cuenta de que estaban siendo contemplados por un esposo que no acababa de dar crédito a sus ojos.

Durante unos segundos, Carver permaneció como petrificado, incapaz de digerir lo que estaba presenciando. Pero, de súbito, la comprensión penetró en su mente y produjo el estallido.

Un ronco sonido brotó de su garganta. Saltó hacia adelante y, abriendo el cajón de la consola, extrajo el revólver que guardaba allí desde hacía años, para defenderse de la intrusión de posibles delincuentes.

Los estampidos del arma se confundieron con los chillidos de la víctima. La estancia quedó inundada de humo y olor a pólvora. Sobre la cama, campo de placer hasta unos segundos antes, yacían dos cuerpos bañados en su propia sangre.

Sin embargo, Carver no había terminado todavía su labor destructora. Alzó la mano derecha, aplicó el cañón del revólver contra su sien y apretó el gatillo.

Pero sólo se oyó un «click». En su ciego frenesí, había vaciado el tambor del arma. Una terrible depresión se apoderó súbitamente de su ánimo y, arrodillándose en el suelo, escondió la cara entre las manos y empezó a llorar.

Así lo encontraron los policías que acudieron a los pocos minutos, llamados por un alarmado vecino que había oído los disparos.

* * *

Patterson se enteró de la terrible noticia aquella noche, a la hora de cenar, mediante un boletín informativo de la televisión. Con ojos de pasmo, vio salir a Carver de su casa, esposado, entre dos policías de paisano. También

presenció el espectáculo de los sanitarios que sacaban dos cadáveres en sendas camillas.

Perdió el apetito en el acto. ¿Qué sucedía?, se preguntó. Los que estaban relacionados con Helen y el despojo de que había sido víctima tiempo atrás, perdían primero la fortuna inmoralmente conseguida y luego la vida

Sam y Mary Devon y..., ahora, Bray y Harriet Carver...

De pronto, tomó una decisión y arrojó la servilleta sobre el mantel. La señora Grines se asombró de su gesto.

—Falta el asado, señor —dijo.

—No tengo ganas —contestó Patterson—., Voy a salir y no sé cuándo volveré. Mildred se asustó.

—¿Le ocurre algo malo, señor?

—No, no me pasa nada, aunque sí les pasa a otros. Por eso tengo que salir inexcusablemente.

Y después de aquellas palabras, que resultaron completamente enigmáticas para el ama de llaves, Patterson tomó el portante y se encaminó a casa de Helen.

Había decidido anticipar la visita que tenía dispuesta para el día siguiente. El asunto no permitía más dilaciones.

CAPITULO V

Una doncella., correctamente vestida, abrió la puerta de la lujosa mansión que era la nueva residencia de Helen Hunnicut.

—¿Señor?

—Soy Gary Patterson. Tenga la bondad de anunciarme a miss Helen.

—Sí, señor. Por aquí, tenga la bondad...

Patterson atravesó el amplio vestíbulo, del que partía una escalera en curva, con pasamanos de hierro, pintado en oro y blanco, y fue conducido a una salita íntima, decorada con gusto exquisito. Sobre una mesita, vio servicio de licores y, sin esperar ninguna invitación, destapó un frasco de cristal tallado.

En un vaso alto, vertió una buena dosis de whisky. Puso dos cubitos de hielo, removió la combinación unos momentos y despachó de un trago la mitad del contenido.

La voz de Helen sonó repentinamente en la entrada:

—¡Gary! ¿Qué sorpresa es ésta? ¿Por qué vienes a visitarme a horas tan intempestivas? Patterson se volvió.

—¿Intempestivas? Acaban de dar las siete de la tarde...

Se interrumpió durante unos instantes, porque acababa de reparar en la audaz indumentaria de la joven. Helen vestía una especie de mono de color blanco, con innumerables lentejuelas de nácar, muy diminutas. Los pantalones eran análogos a la malla de una bailarina de ballet y parecían estar unidos a los zapatos de alto tacón y forrados del mismo material. En la parte superior, dos tirantes, que no tenían siquiera diez centímetros de ancho, cubrían apenas los espléndidos senos, que se revelaban con tensas curvas. Era la única ropa que había en el torso de la joven, sobre cuyo brazo izquierdo descansaba una pesada estola de armiño.

—Ibas a salir, supongo —añadió.

—Pues sí; tengo un compromiso, aunque puedo dedicarte unos minutos —respondió ella con naturalidad, a la vez que cerraba la puerta— Ah, ya veo que te has puesto una copa...

—Necesitaba un trago. Quizá tú lo necesites también. Pero es muy posible que no tengas que recurrir al alcohol.

—Gary, ¿quieres explicarte de una vez? —Helen arrojó la piel y el bolso sobre una butaca y puso las manos en las caderas—. No me gustan los enigmas —añadió—. Prefiero siempre la claridad.

—Entonces, seré claro y franco. ¿Has oído el noticiario de la televisión? Los labios de la joven se curvaron en una mueca de desprecio.

—No me ocupo de las noticias jamás —respondió—. Salvo de las de temas financieros.

—Claro, a ti sólo te importa el dinero... Entonces, debes saber que Bray Carver ha asesinado hoy, a tiros, a su esposa, al sorprenderla en la cama con

su amante.

Helen se quedó con la boca abierta.

—No —murmuró.

—Por eso estoy aquí, ¿qué te creías? Aún hay más, esta misma tarde, me encontré con Carver casualmente y me contó sus problemas contigo. Sin embargo, nunca me imaginé que podía ser capaz de cometer un acto tan horrible, Helen se dejó caer lentamente sobre una silla.

—Harriet, muerta... —musitó—. No acabo de creérmelo... —Alzó la cabeza—, Pero engañaba casi constantemente a Bray —exclamó—, Y sé que estaba más que harto de sus infidelidades...

—Eso es algo que no importa mucho —contestó Patterson—. Lo que sí importan son otras cosas, ¿Te das cuenta, Helen? Tratas de vengarte y no sólo arruinas a los que te robaron, sino que causas su muerte.

—Pero yo no hice nada...

—Quizá, si les hubieses perdonado, estarían todos vivos aún. Helen, empiezo a pensar que estás embrujada, que eres víctima de un maleficio...

Ella se levantó de un salto.

—¡Gary! ¿Soy yo culpable de que Harriet estuviese en la cama con un hombre que no era su esposo? ¡Ya lo hacía antes, cuando Bray se dedicaba a robarme mi fortuna!

—Pero tú estás viva y ellos han muerto. Y todavía quedan más.. ¿Qué haces? ¿Qué te sucede?

Helen calló unos momentos, mientras se pasaba la mano por la frente, coronada por el alto peinado de sus negros cabellos. Lentamente se acercó a la mesa de los licores.

—Tenías razón —murmuró—. Necesito un trago.

—Está bien.

Patterson presintió que ella iba a contarle algo muy importante y guardó silencio mientras ponía .whisky en el vaso.

—¿Hielo? —consultó.

—No.

—Un trago solo, no abuses.

Helen asintió. Bebió un poco de licor y luego se enfrentó con su visitante.

—Voy a contártelo todo —manifestó—, Pero no me tomes por loca ni pienses que se trata de fantasías mías. Hubo un tiempo en que yo también lo pensé; ahora, sin embargo, me doy cuenta de que fue realidad.

—¿Qué es lo que fue realidad, Helen? —preguntó Patterson, muy intrigado ante aquella respuesta que le resultaba incomprensible.

—Vendí mi alma al diablo.

* * *

Patterson solía ser siempre un hombre muy ponderado, al que pocas cosas sacaban de su natural un tanto flemático y habituado a no asombrarse de nada.

Pero lo que acababa de escuchar era superior a cuanto habría podido imaginarse.

No se pudo contener. Soltó una carcajada.

—Helen, por el amor de Dios... Pero ¿es que tratas de burlarte de mí?

—Te lo juro, Gary. Hablo completamente en serio.

—¡No digas disparates! —Exclamó él malhumoradamente—, Aceptaría cualquier explicación, por rara que fuese, pero esto de vender tu alma al diablo pasa ya los límites que la persona más comprensiva estaría dispuesta a soportar.

—Entonces, ¿no me crees?

—No, en absoluto.

Helen inspiró profundamente.

—Bien, entonces, dime, ¿de dónde he sacado yo estas facultades que me han permitido rehacer mi fortuna en menos de dos años? ¿Cómo crees que, contra todo consejo, contra los pronósticos más adversos, ordeno la realización de operaciones comerciales que todos califican de insensatas, pero que luego resultan éxitos indiscutibles? —Movió el brazo en semicírculo y añadió—: Hace dos años, estaba en el arroyo. Mira lo que tengo ahora, contempla mi riqueza, mi fortuna..., piensa en mi perspicacia actual para los negocios, cuando no hace ni cinco años, me dejé robar con toda facilidad, como a un niño al que un grandullón le quita su barra de caramelo. Dime, si no fuese por la intervención del diablo, ¿crees que habría llegado a esta posición?

Patterson la contempló de hito en hito. Helen había recitado su alegato de un tirón, sin detenerse a respirar siquiera. Ahora, su pecho subía y bajaba con espasmódicos movimientos, amenazando saltar las tiras de tela que los cubrían. Tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—No, no puedo creerlo, por más cosas que me digas y por muchos éxitos que hayas podido conseguir. Es absurdo, fantástico... Sí, de ciertas personas se dice que han vendido su alma al diablo, incluso de ti podría decirse, dada tu falta de piedad y la codicia que estás demostrando en los últimos tiempos. Pero de ahí a creer que hayas establecido un pacto auténtico con el demonio... —Sonrió irónicamente—, ¿Lo firmaste con una pluma de cuervo, mojada en tu propia sangre?

—No hubo firmas de ninguna clase. El, simplemente, me hizo una proposición y yo la acepté.

—Ah, entonces, estuviste hablando con Satanás, *in person*.

—Dio otro nombre, pero era el diablo.

—Basta, Helen. No quiero seguir escuchando más insensateces. Vine aquí dispuesto a aceptar tus explicaciones, por absurdas y disparatadas que fuesen; en toda persona, hay siempre algún móvil que resulta incomprensible para las demás. Pero esto sobrepasa ya los límites de mi paciencia. Hace meses, te dije adiós. Voy a ver si ahora esta palabra tiene un significado definitivo.

Helen permaneció en el mismo sitio, sin moverse siquiera, mientras la

puerta se cerraba a sus espaldas. ¿Causaba algún maleficio a las personas que tanto daño le habían hecho en el pasado, al intentar vengarse? Ella, se dijo, no pretendía otra cosa que una venganza incruenta..., pero Sam Devon había muerto aplastado por un camión; y Mary, su esposa, degollada por un rufián... Harriet Carver acababa de morir a manos de su propio esposo, Bray, a quien, sin duda, le aguardaba una condena de por vida.

¿Debía abandonar su venganza?

Aún quedaban, sin embargo, dos parejas, dos hombres y dos mujeres, que habían disfrutado de la enorme fortuna conseguida por medio de una repugnante conspiración.

¿Iba a permitir que su felonía quedase sin castigo, sin la sanción que unas leyes demasiado benévolas no podían imponer?

De pronto oyó en la puerta unos nudillos.

—Adelante —exclamó.

La doncella apareció en el umbral.

—Señorita, acaba de llegar el señor Shawnessey —informó. Helen compuso el gesto.

—Sí, ahora mismo salgo —dijo.

Mientras recogía la estola de piel y el bolso, se preguntó por qué se sentía tan afectada por los' desdenes de Patterson, ¿Qué podía ofrecerle a ella aquel profesor universitario feo y desgarbado, ratón de biblioteca, búho sabio que no era capaz de despegar la nariz de sus libracos?

Enderezó el torso. Nada, Gary no podía ofrecerle nada que ya no tuviese, decidió Analmente.

—Lo tengo todo: juventud, belleza, dinero...

Sonrió hechiceramente al avanzar al encuentro de su acompañante.

—Querido, dispénsame el retraso, pero he tenido una visita importante y no podía dejar de atenderla —dijo.

Hugh Shawnessey la miró embobado.

—Por verte así, sería capaz de esperarte un siglo —manifestó.

* * *

La velada, sin embargo, no resultó todo lo agradable que Helen había esperado. Algo le impidió mostrarse afectuosa con Shawnessey. El acompañante, sin embargo, procuró ocultar su decepción, achacando el estado de ánimo de Helen a ciertas preocupaciones o quizá molestias físicas.

Cuando regresaban a casa, Shawnessey paró el coche a unos cien metros de la residencia de Helen y quiso abrazarla.

—No, por favor, Hugh...

—Helen, querida —dijo él apasionadamente, mientras sus manos buscaban los cálidos senos femeninos—, yo te amo...

Ella le rechazó con violencia.

—Hugh, no seas estúpido, ¿Es que crees que vamos a hacer el amor en un

coche, como si fuésemos dos estudiantes?

—Podemos ir a mi casa...

Helen abrió la portezuela y se apeó.

—Vete a... —Iba a decir «al diablo», pero algo la hizo corregirse a tiempo —. ¡Vete a paseo!

Shawnessey contestó con una obscenidad. Helen irguió la cabeza y decidió cubrir a pie los doscientos metros que la separaban de la puerta de su casa. El coche de su frustrado acompañante pasó rugiendo por delante de ella. Oyó un insulto proferido por Shawnessey, pero no entendió las palabras que lo componían. Interiormente se prometió no ver jamás a aquel sujeto.

De súbito, una sombra surgió ante ella, cerrándole el paso.

—Hermosa, dame ese bolso.

Helen se detuvo en el acto. En la mano del desconocido vio brillar una navaja.

Inmediatamente y por una asociación de ideas, pensó en Mary Devon, degollada por un hampón como el que tenía frente a sí.

Pero en el mismo momento, se acordó de Arghaddon. Arghaddon había dicho:

«Se le ocurrirán ideas y podrá ponerlas en práctica. Todas tendrán éxito, por absurdas y disparatadas que las crea.

Y la idea que acababa de ocurrírsele, ¿no era absurda y disparatada? Pero ¿por qué no probar?

—Vamos, guapa, no me hagas esperar más o te rajo esas preciosas tetitas... Súbitamente, Helen extendió el brazo.

—Al otro lado de la esquina, a estas horas, suele haber siempre un coche de patrulla de la policía. Ve y entrégate inmediatamente, acusándote de haber intentado robarme.

El ladrón se puso rígido. Estuvo así un instante y luego, dando media vuelta, empezó a caminar con pasos mecánicos.

Helen se sentía estupefacta. Durante unos segundos, no supo qué hacer. Luego, decidiéndose, echó a andar detrás del sujeto.

Sí, había un patrullero al otro lado de la esquina.

—Agentes, soy un ladrón y he querido atracar a una señora.... Los policías contemplaron atónitos al delincuente.

—Pero si es Muffy el Chino —dijo uno.

—¿Te dedicas ahora también a las drogas, Muffy? —preguntó el otro agente, sarcástico—. Porque si no, no se comprende que te acuses tú mismo...

—Es cierto, es cierto., —gimoteó el ladrón—. Tomen, aquí está mi navaja...

Helen aparecía por la esquina en aquel momento. Uno de los policías agarró a Muffy y lo hizo girar en redondo.

—'¿Es aquella? — preguntó.

—Sí, la misma...

—Señora, este hombre se acusa de haber intentado robarla. ¿Es eso cierto?

—inquirió el otro policía.

—Sí, oficial —confirmó Helen—. Es cierto que quiso robarme, amenazándome con su navaja. Pero, no sé qué le pasó de pronto; debió de arrepentirse y. .

—Bueno, bueno, aún le quedará más tiempo para arrepentirse en otro sitio —dijo el policía—, Gracias, señora.

—No hay de qué, oficial. Ah, a propósito, me llamo Helen Hunnicut.

Los policías la contemplaron embobados. Uno de ellos meneó la cabeza.

—Señora, he visto fotografías suyas en las revistas, pero no hacen honor al original — dijo, galante.

Helen sonrió, halagada.

—Es usted muy amable, guardia. Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches —contestaron los policías a dúo.

Y luego, ya sin tantas complicaciones, empujaron al aturdido Muffy al coche—. Vamos, bergante; mañana vas a tener el honor de enfrentarte con un juez que no le tiene lo que se dice simpatía a los tipos de tu calaña.

Muffy, aturdido, se pasó las manos por los ojos.

—Pero ¿qué hago yo aquí? ¿Quién me ha traído a este coche patrulla? Los policías cambiaron una mirada.

—Está borracho o drogado —dijo el conductor.

—O chiflado —apuntó el otro, mientras el coche arrancaba en dirección a la comisaría. Helen llegó a su casa, sumamente preocupada por lo que acababa de suceder. ¿Le había conferido Arghaddon poderes sobrenaturales?

Sentíase muy nerviosa y pensó que un baño la relajaría notablemente. Mientras permanecía en el cálido ambiente de la bañera, pensó una vez más en Gary. No lo comprendía, no acababa de entender por qué el búho sabio, el pato feo, como él se autocalificaba, aparecía de continuo en sus pensamientos.

De pronto se le ocurrió la idea de obligar mentalmente a Gary a que viniese a su lado. Pero la rechazó inmediatamente. No, si Gary volvía, tenía que hacerlo por su propia voluntad. Helen sabía que él la amaba; de lo contrario, no se habría tomado tan a pecho todo lo que hacía.

Pero mientras Gary volvía á ella, pensó que quizá podía ayudarle. Una divertida sonrisa apareció en sus labios.

—Sí, puede resultar interesante —murmuró, mientras alargaba el brazo alabastrino hacia la pitillera que tenía en una banqueta, junto a la bañera.

CAPITULO VI

Patterson tocó con los nudillos en la puerta, de oscuros paneles de roble, y luego hizo girar el artístico picaporte de metal sobredorado.

—Buenos días, señor. ¿Me llamó usted, decano Kettelbey?

—Sí, sí, pase usted, profesor. Entre, tenemos que hablar de algo que, supongo, estimará muy interesante.

—Muchas gracias, señor —dijo Patterson, un tanto impresionado por hallarse en aquel severo despacho, instalado hacía ya un siglo y por el que habían pasado tantos y tantos pedagogos y estudiantes. Ciertamente, sus visitas al decano no se producían con demasiada frecuencia; Kettelbey, aparte de ser exigente, era un tanto despegado y, en ocasiones, orgulloso. Por eso le extrañaba mucho la insólita llamada que acababa de recibir.

—Siéntese, profesor —invitó Kettelbey—, ¿Le apetece un cafetito?

—Gracias, señor. —Patterson acababa de sentarse y volvió a ponerse en pie—. Por favor, decano, no se moleste...

—No, hombre, no es molestia, sino placer. ¿Azúcar?

—Un terrón, gracias, señor.

El asombro de Patterson seguía en aumento. El severo Kettelbey estaba hecho un tarro de miel, Por supuesto, no había creído en una llamada para comunicarle el despido; aparte de que no existían motivos, Kettelbey tenía fama de emplear a su ayudante para semejante tarea.. Por tanto, debía existir otra razón para la entrevista, pero no acababa de adivinarla.

Removió el azúcar en su taza, mientras sostenía el plato con la otra mano. Frente a él, Kettelbey tomaba su café apaciblemente.

Al cabo de unos momentos, volvió a romperse el silencio. Sin más preámbulos, Kettelbey dijo:

—Querido profesor Patterson, ¿le gustaría encargarse de las nuevas excavaciones en el lugar donde se supone existió la antigua y mítica Tartessos?

Patterson, atónito, casi olvidó su compostura.

—¡Señor! —exclamó.

Kettelbey, magnánimo, alzó una mano.

—Cálmese, muchacho. No piense que estoy loco. Lo que he dicho ha sido con pleno conocimiento de causa

—Pero, decano, ya no creo merecer... Además, tenía entendido que esas excavaciones iban a ser dirigidas por el jefe del departamento de arqueología.

—El doctor Slawski tiene la mente ya tan vieja y fosilizada como los restos arqueológicos que encontró en su última expedición al Perú —dijo Kettelbey con insospechado humorismo—. Además, usted conoce de sobras su carácter agrio e intemperante, que en los últimos tiempos se ha manifestado con excesiva frecuencia. Eso podría conducirnos a conflictos que no tenemos ningún interés en provocar, antes al contrario, debemos evitarlos

como si de la peste se tratase.

—A pesar de todo, señor; aunque el doctor Slawski no sea el encargado de esta nueva misión, hay otros todavía más competentes...

—¡Tonterías! —cortó Kettelbey—, Su expedición a Mesopotamia resultó un éxito que superó largamente las previsiones más optimistas. He leído el original del libro que va a publicar usted sobre esa misión y lo encuentro fascinante, lleno de amenidad y que interesará no sólo a los profesionales, sino también a los legos en la materia. Realmente, hay momentos en que uno cree estar leyendo una novela de aventuras... En fin, profesor, si alguien va a Tartessos, ese alguien será usted.

Patterson se dio cuenta de que Kettelbey hablaba con absoluta seriedad. En los últimos tiempos, había dejado de pensar en la expedición arqueológica que acababan de proponerle, no sólo debido a ciertas preocupaciones, sino también al hecho de que no había soñado siquiera en formar parte de ella como modesto ayudante. Y ahora, iba a ser el jefe.

—Me siento abrumado, decano —murmuró—. Es para mí un honor inmenso, más todavía por lo inesperado...

Kettelbey se levantó, dio la vuelta a la mesa, abrió la cigarrera, sacó un habano de un palmo de largo y lo metió en la boca del asombrado Patterson.

—Eso es algo que no suelo hacer con todo el mundo —dijo jovialmente, mientras acercaba la llama al cigarro—. Pero usted se lo merece de sobras; su expedición y no digamos el libro, van a prestigiar enormemente a esta universidad... Por supuesto, el viaje no es inmediato; aunque teóricamente está decidido, hemos de enfrentarnos todavía con esa horrible plaga que se llama burocracia.

—Sí, realmente es una plaga —convino el joven, medio ahogado por el cigarro que sostenía difícilmente en la boca.

—Tengo que vencer algunas resistencias en los miembros del consejo de la fundación, conversar con altos cargos del departamento de Estado; a fin de cuentas, es preciso tener presente que vamos a trabajar en un país extranjero... En resumen, la cosa puede tardar todavía algunos meses, pero también puede darla por hecha. Así pues, le encomiendo empiece a preparar la expedición, para la cual, se lo anticipo desde ahora, tendrá carta blanca. ¿Qué le parece, mi querido Patterson?

El joven se levantó. Aquel insólito cambio en el severo decano le tenía perplejo, pero no cabía hablar siquiera de una broma. Había cosas con las que Kettelbey no bromeaba jamás.

—Acepto encantado, señor —dijo—. Y haré todo lo posible por conseguir un completo éxito en la misión.

Kettelbey le estrechó la mano con fuerza. Cuando salió del despacho del decano, Patterson creía flotar en una nube azul en la que revoloteaban miríadas de partículas de oro.

CAPITULO VII

El resto del día transcurrió con la placidez normal. Dio sus clases, despachó parte de la correspondencia científica y a media tarde, dio por concluida su jornada en la universidad. La noticia se había extendido ya y fueron muchos los que salieron a su encuentro para felicitarle, tanto profesores como alumnos. Patterson estrechó numerosas manos, escuchó infinidad de elogios y dio las gracias casi constantemente. Al fin, consiguió librarse de aquel acoso.

De pronto, una hermosa joven, alta, de formas rotundas, con el cuerpo de una walkyria, le salió al encuentro. Era una estudiante que estaba a punto de graduarse en literatura inglesa, una muchacha realmente atractiva, por la cual suspiraban todos los varones en muchas millas a la redonda. Dagmar Skarrelton, descendiente de noruegos, con un paquete de libros bajo el brazo, le felicitó asimismo calurosamente. Patterson devolvió los cumplidos, porque sabía que Dagmar, pese a su apariencia de candidata al título de «Miss Universo», era una mujer de gran inteligencia y con un risueño porvenir en las letras.

Durante unos instantes, charlaron animadamente. De pronto, Dagmar hizo un pequeño gesto. Llevaba una revista ilustrada y se le cayó al suelo. Patterson, galante, se apresuró a recogería. Entonces vio, en la polícroma portada de la revista, un rostro conocido.

Durante unos segundos, se sintió vivamente alterado al reconocer a Helen. El honor de figurar en la primera página de la conocida revista debíase al hecho de que Helen iba a ser proclamada en fecha muy cercana, como «Mujer de Negocios del Año», en cuya fiesta le sería otorgado un galardón discernido por las Cámaras de Comercio del Estado.

Dagmar reparó en el cambio de expresión que se había producido momentáneamente en el rostro de Patterson.

—Diríase que conoce a esa mujer, profesor —dijo. Patterson hizo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, fuimos conocidos en tiempos... Pero ella ha alcanzado ahora una posición muy elevada, merced a su inteligencia, todo hay que decirlo.

—Es muy hermosa —elogió Dagmar.

—No tanto como usted, señorita Skarrelton. Dentro de un par de semanas, será la graduada más linda que haya salido de esta facultad jamás.

Dagmar se ruborizó ligeramente.

—Es usted muy exagerado, profesor. Ah, por cierto, dentro de poco, mis padres dan una fiesta para celebrar sus bodas de plata. Me gustaría que asistiese...

—Será un honor, señorita. Acepto encantado.

—Gracias, profesor.

Patterson estrechó la mano que le tendía la hermosa joven. Los Skarrelton

eran gente muy bien situada y de cierta influencia social en la ciudad. Le convendría asistir a la fiesta, porque un hombre de su categoría no podía encerrarse en sus tareas científicas como molusco en su concha. Y, qué diablos, Dagmar era muy bonita y merecía la pena volver a verla en un ambiente distinto al de la universidad.

Se separaron. Patterson descendió la ligera pendiente herbosa del «campus» de la universidad, para dirigirse a su casa. A menos que hiciese un tiempo desagradable, con lluvia, solía ir y volver a su casa, a pie, a fin de hacer un moderado ejercicio, que compensara en parte las largas horas que debía pasar sentado. El día era espléndido, y su coche, como tantas otras veces, había quedado en el garaje. Entonces, cuando ya llegaba a la acera, vio un magnífico «Mercedes» blanco, descapotable, al volante del cual se hallaba una mujer.

* * *

Ella llevaba un pañuelo amarillo que le cubría la cabeza por completo, anudado bajo el mentón, y llevaba puestas unas grandes gafas de color. Resultaba casi irreconocible, pero el instinto le hizo saber a Patterson su identidad casi en el acto.

Patterson se detuvo en seco, mirándola fijamente. De pronto, Helen se inclinó hacia su derecha y abrió 1a portezuela de aquel lado.

—Vamos, sube —invitó—. Quiero que des un paseo conmigo.

—Ah, quieres que yo... Luego me lo ordenas —dijo Patterson con crítico acento.

—Bueno, si lo prefieres, te invito. Y si insistes te lo suplicaré humildemente.

Patterson entró en el coche, tras lanzar su cartera repleta de papeles al asiento posterior.

—Tú no conoces la humildad —acusó.

—Ni tú no conoces el significado de la palabra compasión —dijo ella, a la vez que hacía despegar el coche de la acera.

—No se puede tener compasión de quien no sabe tenerla de otros.

—Los cuales? a su vez, no la tuvieron de mí hace años. Pero no es de esto de lo que debemos hablar. Es algo que ya sabes de sobra, que das por sentado, así que, ¿para qué seguir discutiendo de este tema?

—Puedes proponer otro... Ah, perdóname, lo había olvidado. Debo felicitarte. Acabo de enterarme de tu nombramiento como Mujer de Negocios del Año». Enhorabuena, Helen.

—Gracias Gary.

—Te sentirás orgullosa, ¿verdad?

—Psé... Cosas así siempre halagan la vanidad, y me imagino que también te pasará algo por el estilo. He oído, mientras te aguardaba, comentarios de algunos estudiantes. Parece ser que te han encomendado algo muy

importante...

—Sí, unas excavaciones arqueológicas. Va a ser una misión muy importante y con grandes posibilidades de adquirir fama y nombradía. Claro que la fama de un arqueólogo es cosa que no se extiende más allá de un círculo determinado; no soy un artista de cine o un campeón de tenis o automovilístico...

—Para algunas, tu fama parece el olor de la miel que atrae a las moscas. ¿Quién era esa chica tan linda que se te comía con los ojos?

—¿Cómo? —Patterson había olvidado ya a la estudiante, pero la recordó casi en el acto—. Ah, sí, Dagmar Skarrelton, una muchacha con un gran porvenir...

—Como esposa del reputado arqueólogo, doctor Gary James Patterson —dijo Helen, burlonamente.

—Ni hay nada entre los dos, que no sea la estricta relación de profesor a alumno, ni yo soy doctor. Aunque espero me confieran el grado dentro de un par de meses, después de la lectura de la tesis doctoral que estoy terminando.

—Maravilloso. Te felicito de antemano, pero insisto en que ella te devoraba con la vista.

—Si eso es cierto, demuestra un gusto pésimo. Le rebaso un montón de años y no tengo nada de guapo. Pero ¿por qué te preocupas tanto por mí? Tú eres una mujer poseedora de una inmensa fortuna, joven, espectacularmente hermosa...

—Y que vendió su alma al diablo, cuando, desesperada, estaba en la calle y llevaba casi veinticuatro horas sin comer, y a punto de pegarse un tiro.

—Helen, Helen, no insistas en esa broma de pésimo gusto, te lo ruego. Y, a propósito, ¿sigues con tus propósitos de venganza?

—Sí.

—Has ejecutado tu venganza en dos ocasiones. No les has tocado físicamente, pero tres personas han muerto violentamente y la cuarta está esperando el juicio, del cual saldrá una sentencia de cadena perpetúa. ¿No te hace pensar eso?

—Mucho, pero, como ya lo hemos discutido en más de una ocasión, no pienso en absoluto desistir de mis propósitos. Me gustaría que te metieses una idea en la cabeza: lo que hago no debe interferir las relaciones entre ambos.

—Estás equivocada: tu actitud interfiere de una manera total, Helen. Además, aunque yo fuese un sujeto de una moral acomodaticia, el instinto me diría que debo apartarme de ti.

—¿Por qué, Gary?

—Tengo la impresión de que eres una mujer un tanto voluble. Ahora me buscas, Dios sabe por qué capricho que se ha metido en tu mente, pero dentro de unos meses, máxime, algunos años, te cansarías de tu profesor universitario y me dejarías plantado para irte con otro. Jamás lograrías acostumbrarte a la vida plácida y tranquila que a mí me gusta llevar. Eres mujer amiga de fiestas y diversiones...

—Gary, olvidas que todos los días, a las ocho en punto, estoy en mi despacho, trabajando tanto como el último de mis empleados —dijo ella incisivamente.

—Lo sé, pero también sé que te desquitas los fines de semana. No soy enemigo de la diversión, pero tampoco partidario de que ciertas fiestas se conviertan en orgías romanas.

—Si eso fuera cierto, ¿me habrían nombrado «Mujer de Negocios del Año»? —Exclamó ella, vivamente picada—, En las Cámaras de Comercio hay un mínimo de moral y no otorgarían ese nombramiento a una mujer asidua a las orgías y bacanales que tú supones que voy.

—Está bien, está bien, no sigamos por ese camino, Helen. Creo que no nos entenderemos nunca. ¿Tenías algo más que decirme?

Ella vaciló. ¿Debía contarle la verdad?

Gary, pensó, se sentiría terriblemente herido en su amor propio, suponiendo que le diese crédito, cosa dificilísima. Pero si llegaba a creer que el nombramiento se debía a su invisible influencia, los resultados serían terribles,

—No, nada. En todo caso, variaciones sobre el mismo tema —respondió al fin.

—Sobre el tema de tu venganza.

—Sí.

—¿Quién es el próximo, Helen?

—Lars Benning.

—¿Le falta mucho para caer?

—Un ligero empujoncito. Gary, dejando de lado el trágico final de los otros, lo cierto es que ninguno de los ladrones ha sabido progresar después. Quizá entonces no lo sabía ver, pero ahora me doy cuenta de que todos ellos, para los negocios, son de una nulidad poco menos que absoluta.

—Y tú eres una lumbrera.

—Lo estás viendo, ¿no?

—Helen, si has alcanzado una posición tan elevada, si has conseguido una enorme fortuna, ¿cómo es que has podido fijarte en un hombre tan modesto como yo? Digo modesto, refiriéndome a mi situación...

—Porque te quiero, tonto —exclamó ella casi con irritación

Hubo una pausa de silencio. Luego, de pronto, Patterson agarró el volante con la mano izquierda y lo desvió hacia la derecha, a la vez que, pasando el pie sobre el de Helen, tocaba ligeramente el freno. El coche empezó a desviarse hacia la acera, perdiendo velocidad.

Segundos más tarde, Patterson estaba de nuevo en el suelo.

—Adiós, Helen.

Ella, sin embargo, sonreía.

—¿Cuántas veces nos hemos dicho adiós de una manera «definitiva»? —preguntó burlonamente—. Volveremos a vernos...

—No, si no abandonas tus propósitos de venganza.

Helen no contestó. Embragó, movió la palanca de cambios y arrancó a toda velocidad. Patterson se sintió enfurecido. Aquel encuentro, se dijo, le había estropeado un día que había comenzado con tan buenos auspicios.

De pronto vio una lata en medio de la acera. Vivía en una Ciudad muy limpia y, ordinariamente, cuando veía algo así, lo arrojaba en alguna papelera de las que había instalado el municipio en lugares públicos. Pero en esta ocasión no se pudo contener y dio una patada a la lata, que salió volando a gran distancia.

Luego, con paso firme, emprendió el camino de regreso a su casa, con el firme propósito de olvidar a Helen por completo.

Aquella noche, cuando Helen regresaba a su casa, después de una reunión de negocios, que se había prolongado hasta más tarde de lo normal, vio que un coche salía bruscamente de una calle transversal y tuvo que pisar el freno a fondo, para no estrellarse contra el otro vehículo.

Helen se sintió muy irritada por él incidente, que la iba a retrasar más de lo que ya lo estaba y la haría llegar tarde a la fiesta a la que estaba invitada. Pero, súbitamente, dos individuos saltaron del otro coche, que también se había detenido, y corrieron hacia ella.

Antes de que pudiera adivinar sus intenciones, uno de ellos la apuntó con una pistola.

Durante un segundo, Helen se sintió presa de un vivísimo terror.

Iba a morir, pensó en una brevísima fracción de tiempo. Pero lo que salió de la boca del arma fue un chorro de gas que le dio de lleno en el rostro. Ya no se enteró de que la cogían en volandas y la llevaban al otro coche.

* * *

La fiesta estaba en todo su apogeo y Dagmar, la hermosa hija de los señores Skarrelton era indudablemente la reina. Veinticuatro horas antes había tenido lugar la ceremonia de la graduación, y entrega de diplomas. Dagmar había obtenido su título, con notas brillantísimas, y ello había sido motivo de que recibiese múltiples felicitaciones.

Pero la felicitación que Dagmar había acogido con más agrado, era la del profesor Patterson, también invitado a la fiesta. Dagmar, radiante de belleza, parecía mostrar claramente sus preferencias por aquel hombre joven, con cara de búho, que parecía un poco fuera de su sitio en un ambiente tan lujoso y distinguido. Hacía mucho tiempo que se había iniciado la fiesta y Dagmar se había visto obligada a bailar con la mayor parte de los invitados. Pero en el momento que le resultó posible, se acercó a Patterson.

—Profesor, usted no me ha sacado a bailar ni una sola vez —se quejó, con la sonrisa en los labios.

'Patterson contempló a la muchacha, que parecía una diosa. Algo muy dulce inundó su corazón.

—Le diré una cosa, pero ha de prometerme guardar absoluto secreto,

señorita Skarrelton.

—Seré muda como una tumba, pero con una condición: llámeme por mi nombre..., Gary.

Patterson sonrió.

—De acuerdo, Dagmar. Lo que tenía que decirle es que no sé bailar —manifestó.

—Bueno, eso no es ninguna deshonra —rió ella alegremente. Con gesto lleno de naturalidad, se colgó del brazo del joven—. Entonces, le haré una proposición; vamos a pasear por el jardín, mientras la orquesta interpreta la primera pieza. ¿Acepta?

—Dagmar, hay otros invitados más jóvenes y de mejor presencia que yo.

—Ninguno de ellos es usted, Gary.

Patterson y la joven cambiaron una mirada. El se rindió en el acto.

—Es un argumento irrefutable —dijo.

El paseo se prolongó casi treinta minutos. Al volver a la reunión, Patterson empezó a pensar en la posibilidad de una vida compartida con Dagmar.

A pesar de su belleza y posición social, que la hacían convertirse en una presa apetitosa para los cazadores de dotes, a pesar de que por sus cualidades físicas más parecía una mujer destinada a brillar en sociedad, Dagmar era una joven seria y estudiosa y de grandes dotes intelectuales. Ella, se dijo Patterson, no desentonaría en absoluto en un hogar donde la ciencia y las letras tuviesen sitio preferente. Pero el idilio, si podía llamarse así a la relación que existía entre ambos, no había hecho más que empezar.

De pronto oyó una conversación a poca distancia. Varios de los invitados, entre ellos el anfitrión, comentaban un suceso que se había producido horas antes.

—Secuestrada por dos desconocidos...

—Nadie sabe quiénes son...

—No, todavía no se sabe de una petición de rescate...

—Una vecina lo vio desde su ventana, y telefoneó a la policía, pero cuando el primer coche de patrulla llegó al lugar del suceso, ella había desaparecido ya La policía ha examinado su «Mercedes» en busca de posibles huellas...

Patterson oyó las últimas frases y sintió una especie de golpe en el pecho.

—Perdón, caballeros —se acercó al grupo—. Sin querer, he escuchado parte de su conversación y me ha parecido oír algo sobre un secuestro.

—Así es, profesor —confirmó el padre de Dagmar— Yo la había invitado también a la fiesta, puesto que hay entre ambos ciertas relaciones de negocios, pero los forajidos que la han raptado lo han impedido. Usted la conoce, creo; se trata de Helen Hunnicut.

—Sí, la conozco. Gracias, señor Skarrelton.

Al separarse del grupo, fue al buffet y pidió una copa. Mientras tomaba el licor a pequeños sorbitos, empezó a pensar en los posibles secuestradores de Helen.

Seguramente, iban a pedirle un rescate. ¿Dinero?

Parecía lo más lógico Pero el instinto Te hizo pensar en cierto individuo, mencionado por la propia Helen dos semanas antes.

Consultó el reloj. Eran casi las dos de la madrugada.

Silenciosa, discretamente, abandonó la fiesta. Casi tenía la seguridad de encontrar a Helen. Y debía rescatarla antes de que sufriese más daños.

* * *

El sueño de Helen se prolongó durante un espacio de tiempo que ella no supo calcular. Cuando despertó, se encontró en una silla, atada de pies y manos, y con una cuerda que la sujetaba al respaldo.

Delante de ella había un hombre, con ¡os ojos inyectados en sangre. Lars Benning tenía en la mano un vaso. Era evidente que había estado bebiendo.

La consciencia tardó algunos minutos en volver plenamente a Helen. Al fin, sus pupilas consiguieron el foco correcto de visión, y captó la burlona sonrisa de Benning.

—No estás acostumbrada a esas situaciones, ¿verdad? —La verdad, no suelo tratar de negocios en ciertos lugares, ni tampoco maniatada —contestó ella fríamente—. ¿Qué te propones, Lars?

—Es muy sencillo. Nadie sabe que estás aquí. Y aquí seguirás, hasta que firmes ciertos documentos que he preparado. Tú ya me entiendes, supongo.

—Te entiendo demasiado, pero no firmaré —dijo Helen, con resolución.

— Bueno, bueno, eso ya lo veremos...

De pronto resonó una voz en la estancia contigua:

—¡Eh, oiga!

—Disculpa, Helen.

Benning abandonó el cuarto y pasó a la pieza inmediata. Helen advirtió que se hallaba en una cabaña de recreo, situada seguramente lejos de la ciudad. Por tanto, calculó, su sueño había sido mucho más largo de lo que ella había estimado en un principio.

En la estancia contigua oyó voces irritadas. Benning, sin duda, trataba de calmar a sus cómplices, los hombres que habían ejecutado el secuestro. Al fin, pareció convencerles. Segundos después, Helen oía el rugido de un automóvil que arrancaba velozmente.

Estaba sentada junto a una ventana, desde la cual podía divisar el paisaje, sumido en la oscuridad. Aun así, podía ver muchos árboles, de una clase inequívocamente perteneciente a la alta montaña, lo qué confirmó sus sospechas acerca del lugar en que se encontraba. Sí, los pinos y los abetos sólo se daban a partir de cierta altura. Y Benning la había hecho traer a un lugar solamente conocido de él y de los rufianes que había contratado.

Desde su sitio, Helen pudo ver los faros del coche que se alejaba, alumbrando el tortuoso camino que conducía a la cabaña. Las luces rojas de cola se hicieron más pequeñas.

Súbitamente, el coche salió del camino y empezó a dar tumbos por un

terraplén. Unos segundos más tarde, se produjo una violenta explosión y el fogonazo disipó las tinieblas. Luego, las llamas envolvieron el coche accidentado. Helen se sintió horrorizada al conocer la suerte de sus raptores.

Transcurrieron algunos minutos. Luego, Benning entró en la estancia. Sonreía perversamente. Helen vio unos papeles en su mano.

—Apostaría algo a que tienes mucho que ver con ese accidente —dijo.

—Sí —admitió él, cínicamente—. No iba a permitir que esos dos tipos me traicionasen un día.

—Y has manipulado su coche...

—El mío. Se lo di, con la excusa de que era mejor que el de ellos.

—Ya entiendo. Y ahora me toca a mí, por supuesto.

—Helen, de momento no me interesa que mueras. A decir verdad, tampoco te quiero tan mal. Lo único que deseo es que me firmes estos documentos. Supongo que te imaginas su contenido.

Ella apretó los labios.

—Me lo imagino de sobras —contestó—, Pero no firmaré...

—Firmarás, querida, ya lo creo que firmarás —aseguró Benning.

Dejó los papeles sobre una consola y se acercó a la joven, soltándola de la silla, pero sin tocar las ligaduras de sus muñecas y tobillos. Luego, alzándola en vilo, la condujo a la cama.

Primeramente ató sus tobillos a los travesaños inferiores. Luego desanudó la cuerda que ligaba sus muñecas, para, finalmente, echándole los brazos atrás, atarla a la cabecera de la cama. La tarea quedó totalmente concluida, cuando los postigos exteriores, de sólida madera, quedaron cerrados por dentro, de modo que impedían completamente el paso de la luz.

Benning se encaró con su prisionera.

—No te pido más que una cosa muy sencilla: firmar estos documentos —dijo—. Ya sé que ahora no quieres, pero, inexorablemente, llegará el momento en que cederás por un pedazo de pan y un vaso de agua..., cuando no puedas resistir el hambre y la sed. ¿Has Comprendido?

Helen le miró fijamente.

—Antes de firmar, prefiero morir de hambre y sed —contestó. Benning lanzó una estridente carcajada.

—Ya lo veremos, guapa —dijo—. Mientras te lo piensas un poco, yo voy a descabezar un sueñecito. He estado toda la noche en vela y necesito descansar un poco.

Retrocedió unos pasos y, con la mano en el pomo volvió a reír.

—Ah, y por si no te lo habías figurado, debes saber que nadie está enterado de tu paradero. Nadie, ¿me oyes?, nadie vendrá a buscarte aquí... ¡Y si yo voy a la ruina, tú morirás aquí de hambre y sed! —concluyó con voz cargada de odio.

Helen se quedó sola y a oscuras. Su situación, debía admitirlo, era sumamente crítica.

Benning parecía dispuesto a cumplir sus amenazas.

Pero ella no quería ceder, y ya no por venganza, sino por orgullo. De pronto se acordó de Arghaddon.

Sonrió.

—Hay tiempo —musitó.

La posición en que se encontraba no era tan incómoda como parecía, y juzgó conveniente descansar un poco.

Procuró relajarse. Unos minutos más tarde, dormía profundamente.

CAPITULO VIII

Amanecía ya, cuando Patterson dio vista a la cabaña. A la grisácea luz del alba, divisó una leve humareda que procedía da una hondonada situada a sesenta metros más abajo del camino. Refrenó la marcha de su automóvil. El origen de la humareda era un coche que se había precipitado por la pendiente, acabando por estrellarse contra unas peñas e incendiándose a continuación.

Durante unos segundos, se sintió sin respiración. ¿Y si Helen era uno de los protagonistas de aquel terrible accidente en el que, a juzgar por las trazas, nadie había podido sobrevivir?

Pero también cabía la posibilidad de que el coche hubiera sido arrojado allí para deshacerse de un rastro comprometedor. La cabaña estaba completamente aislada, en una zona donde no había un alma en muchas millas a la redonda. Él lo sabía muy bien, de la ocasión anterior en que estuvo en aquellos parajes, casi tan agrestes y selváticos como el día de la Creación.

Cuando llegaba, vio que todos los postigos de madera estaban cerrados. Sentíase poseído por mil sentimientos contradictorios. Tan pronto creía muerta a Helen, como pensaba que debía seguir con vida. A su raptor, en efecto, no le convenía un asesinato. Todo el mundo de los negocios, seguramente, conocía su mala situación económica. La muerte de la persona a quien debía pasar su empresa, le situaría en una posición harto comprometida.

Detuvo el coche y salió fuera. Reinaba un silencio absoluto, solamente interrumpido por el canto de los pájaros. En aquel lugar reinaban una paz y una tranquilidad realmente inigualables.

Paso a paso, avanzó hacia la cabaña. Tanteó el picaporte y respiró aliviado. La puerta no estaba cerrada con llave.

Abrió y asomó la cabeza. Todo aparecía quieto, callado... A la derecha estaba la puerta del dormitorio que él había ocupado en tiempos.

Abrió. La luz que penetraba del exterior por la puerta de entrada, causaba una pequeña penumbra que, no obstante, le permitió divisar la imagen de una mujer atada a la cama por las muñecas y los tobillos.

Un largo suspiro brotó de su pecho. Fue hacia la ventana, levantó el bastidor y abrió los postigos. El primer rayo del sol alumbró de lleno el rostro de Helen, quien se despertó en el acto.

—¡Gary! —Exclamó la joven—, ¿Qué haces aquí, si yo no te he llamado?

—Ah, tenía que venir a este lugar después de tu llamada... Y, ¿cómo ibas a hacerla?

¿Por teléfono? —respondió él sarcásticamente, aludiendo al hecho de que la cabaña no disponía de luz eléctrica ni de teléfono.

Helen se mordió los labios.

—Bueno, es que yo... ¿Quieres desatarme, por favor?

—Aguarda un momento; voy a la cocina a buscar un cuchillo.

Patterson salió de la estancia y se encaminó al lugar indicado. Benning

acababa de despertarse en aquel momento y salía de su dormitorio. Vio al joven y lanzó una exclamación de cólera.

—¡Gary! ¿Qué diablos haces aquí?

Patterson se volvió y miró al sujeto con expresión llena de desprecio.

—He venido a liberar a Helen —declaró.

—Estás equivocado. Helen no se irá hasta que a mí me apetezca.

—Helen va a salir de aquí inmediatamente. Trata de meter esto en tu cerebro, Lars, y no compliques las cosas más de lo que están —respondió el joven, serenamente.

Benning le miró con ojos llameantes de furia. Súbitamente se arrojó sobre él.

Desprevenido, Patterson no pudo evitar un golpe en pleno pecho, que le lanzó hacia atrás. Chocó contra la pared contigua a la puerta de la cocina y sus ojos se llenaron de lágrimas a causa del dolor causado por el golpe.

Benning era mucho más fuerte que él. Además, no estaba acostumbrado a las peleas. Su miopía, que databa ya de la niñez, le había impedido siempre tomar parte en ejercicios violentos. Resignado se dio cuenta de que iba a ser presa fácil para los puños de su adversario.

Un segundo golpe le hizo doblarse sobre sí mismo, con un gemido de agonía. Benning, enloquecido, lo agarró por la pechera de la camisa y le obligó a levantarse. En el último instante, Patterson, mediante un desesperado esfuerzo, consiguió desviar un poco la cabeza, aunque no evitar por completo el golpe, a causa de la violenta sacudida, hizo volar sus gafas por los aires.

Ahora era un pelele en manos de su atacante. Benning le golpeó dura, sañudamente.

Un terrible puñetazo le hizo retroceder a la carrera y caer sobre la mesa.

El mueble era muy viejo y se deshizo bajo el impacto de su cuerpo. Manoteando desesperadamente, Patterson cayó de espaldas al suelo.

Muy borrosamente, vio a Benning que sonreía satisfecho. El ansia de defenderse le impulsó a buscar un objeto contundente, con el que suplir su inexperiencia. De pronto, su mano derecha tocó una pata de la pesa.

Benning se disponía en aquel momento a golpearle con el pie en el costado. Patterson movió el improvisado garrote y le atizó un tremendo estacazo en la pantorrilla.

Se oyó un tremendo aullido. Benning trastabilló primero y luego cayó de rodillas. Jadeante, casi sin fuerzas, Patterson consiguió incorporarse a medias. Cuando Benning, reaccionando, se disponía a arrojarse sobre él, alzó la pata con ambas manos y le golpeó en plena frente. Benning se desplomó instantáneamente, como buey apuntillado.

La voz de Helen sonó ansiosa en el dormitorio.

—¡Gary! ¡Contéstame! ¿Estás bien?

—'Molido, pero bien —jadeó Patterson—. Aguarda un momento...

No sabía dónde habían ido a parar sus lentes ni si se habían roto los cristales con la caída, pero en la guantera del coche guardaba un par de gafas

de repuesto. Era un lugar más fácil de localizar, pensó, mientras, a trompicones, salía de la cabaña.

Regresó momentos después. Benning yacía en el suelo, completamente inmóvil. Un hilillo de sangre brotaba de su frente. Patterson sintió una especie de golpe en el pecho. Por Helen, se había convertido en un asesino.

Con paso inseguro fue a la cocina. Buscó un cuchillo. Helen se asustó al ver su rostro magullado y ensangrentado.

—Dios mío, Gary... ¿Qué ha pasado? Patterson empezó a cortar las ligaduras.

—Creo... que he matado a Benning. Helen palideció.

—En todo caso lo has hecho para rescatarme —afirmó—. No te preocupes; yo te ayudaré con todas mis fuerzas. Pagaré a un batallón de abogados para que te defiendan, Gary. Contaré a todo el mundo lo que has hecho y relataré tu comportamiento valeroso.

—Libre ya de las manos, se sentó en la cama y empezó a frotarse las muñecas, mientras él cortaba las cuerdas que sujetaban sus tobillos—. Ese miserable quería hacerme firmar unos documentos, que invalidaban por completo la operación que yo había proyectado — añadió.

Patterson no contestó. Una vez desatada la muchacha, buscó el baño y empezó a curarse las heridas causadas por los golpes. De pronto oyó un grito de Helen;

—¡Gary! ¡Benning está vivo! ¡Sólo ha perdido el conocimiento!

Por unos instantes, Patterson se sintió desfallecer de alegría. Estaba seguro de que, aun admitiendo el canallesco comportamiento de Benning, no habría podido vivir tranquilo, con una muerte sobre su conciencia. Helen entró casi a renglón seguido y le puso una mano en el hombro.

—Deja, yo te curaré —murmuró con acento persuasivo.

Patterson se sentó en un taburete. Las manos de Helen se movieron diestra y delicadamente en su magullado rostro. Mientras le curaba, ella quiso saber algo que la tenía muy intrigada.

—Hace años, Benning me dejó la llave de esta cabaña —explicó, en contestación a la pregunta de la joven—. Según creo, era de su padre, a quien le gustaba venir de vez en cuando para cazar. El no la usaba apenas y me la ofreció una temporada en que yo tenía un trabajo muy importante y me convenían la tranquilidad y el aislamiento.

—Y adivinaste que me había traído aquí.

—En efecto.

—Bien, pero, ¿cómo supiste que me había secuestrado? Porque, que yo sepa, aún no se había esparcido la noticia ni él había formulado petición de rescate a ninguna persona.

—Bueno, una vecina curiosa vio a dos sujetos que te llevaban a rastras fuera de tu coche. La policía investigó... Yo estaba en la fiesta de los Skarrelton cuando llegaron los rumores de tu secuestro.

—Pero no tenías por qué saber que estaba aquí.

—Hace un par de semanas, hablaste de que el próximo era Benning. Me imaginé que él podía haber recurrido al secuestro, impelido por la desesperación.

Helen se irguió.

—Ha recurrido al secuestro y al asesinato —dijo—. Los dos hombres que me raptaron, están muertos.

Patterson, ya curado, se puso en pie.

—Imposible...

—¿No has visto un coche quemado a doscientos metros de la cabaña?

—Sí, es cierto.

—Era el del propio Benning. El mismo manipuló, no sé si en la dirección o los frenos, y cuando sus cómplices se marchaban, saltaron por el talud. Les oí antes de salir discutir; Benning no tenía ya dinero ni para pagarles lo convenido, aparte de que le convenía cerrar dos bocas comprometedoras.

Patterson fijó la vista en Helen.

—¿Qué harás ahora? —preguntó—. Aparte del secuestro, Benning tiene sobre sí dos asesinatos. ¿Informarás a la policía?

Helen hizo un gesto desdeñoso.

—Respecto del secuestro, puedo decir que me libré por mí misma, si no quieres verte mezclado en el caso. En cuanto a los dos asesinatos, ¿cómo probar que los cometió él? Se ha producido un accidente de tráfico, como ocurren a diario.

—Entonces, le perdonas

—Ya tiene bastante con su ruina, ¿no te parece? Lo mejor será que nos vayamos, Gary.

—Como quieras.

Benning estaba sentado en el suelo, las manos en la cabeza. Helen le miró despreciativamente.

—Un buen amigo ha venido a rescatarme —dijo—. No moriré de hambre ni sed..., ni tampoco firmaré los documentos que habías preparado. A fin de cuentas, todo lo que tenías, procedía del robo que perpetraste hace años, con lo que únicamente hago recobrar lo que era mío. No diré nada del secuestro, ni de los dos asesinatos que has cometido, pero si vuelves a intentar algo contra mí, te lo haré pagar muy caro.

Benning, abrumado, no tenía palabras para contestar. Al quedarse solo, lloró por la rabia y la frustración que le causaban su derrota.

* * *

Mientras el coche rodaba de regreso a la ciudad, Helen apoyó su cabeza en el respaldo del asiento.

—Gary, ¿qué te ha hecho actuar tan valerosamente? —preguntó He escuchado los ruidos de una pelea terrible..., y ni siquiera te ha roto las gafas.

—Oh, sí, me las rompió al quitármelas de un puñetazo. Cayeron al suelo y

sé rompieron los cristales —contestó Patterson—. Pero tenía un par de repuesto en la guantera.

—Bien —dijo ella—. Sin embargo, no has contestado a mi pregunta.

—Estabas en una crítica situación. Me creí en la obligación de librarte del apuro.

—Y lo has, conseguido, pero ¿por qué? Tú y yo estamos siempre como el perro y el gato...

—Seguramente, no discutiríamos tanto si variases tu línea de conducta —dijo él.

—Oh, Gary, vamos, dejemos ese asunto de una vez. Ya sabes cómo pienso y no voy a dar mi brazo a torcer.

—Sí, ya me lo imagino. ¿A quién le toca ahora el turno?

—Ken y Myrna Clarence. Los conoces, supongo.

—Superficialmente. Se casaron hace un par de años y ya tienen un niño de ambos.

—Yo me había enamorado de Ken —confesó ¡Helen evocadoramente—. Pero Myrna se interpuso entre los dos. Así que, además de quitarme el novio, colaboró en el despojo.

—Y piensas hacérselo pagar...

—Lo tengo todo planeado. No puedo fallar. Están a punto; será el remate...

—¿Cuándo?

Helen se echó a reír.

—No seas curioso; por más que te esfuerces, no pienso decírtelo. Serías capaz de avisarles...

—Lo haría, créeme.

—Por eso prefiero callar. Por cierto, ¿qué tal la hermosa Dagmar?

—Bien, muy guapa. Pero no te preocupes, no hay nada entre los dos.

—Ella no podría soportar tu profesión. No está hecha para vivir en el desierto, entre moscas, calor, sed y camellos de beduinos.

—Tú, sí, claro —dijo Patterson sarcásticamente.

—¡Pues claro que sí! Aunque no te lo creas, he vivido diez años en esas condiciones, desde los ocho a los dieciocho. ¿O no recuerdas ya que hubo un tiempo en que me llamaban la hija de Jack el Minero? Gary, ¿de dónde procedía la fortuna que me robaron esos desalmados?

Patterson frunció el ceño.

—Creo haber oído algo sobre tu padre, un viejo buscador de oro, que un día halló una veta magnífica...

—Sí, señor, eso es lo que sucedió —confirmó la joven—. Como ves, yo estoy mucho más capacitada que Dagmar para vivir al aire libre, en el desierto, ya que estuve con mi padre esos diez años, hasta que se hizo rico.

—Helen, es posible que lo que dices sea cierto. Pero hay otra cosa mucho más segura: no serás tú la que me acompañe durante mi próxima expedición —dijo el joven, con firme acento

CAPITULO IX

—Estamos llegando ya —dijo Helen dos horas más tarde, al avistar en lontananza los edificios de la ciudad—, ¿Qué piensas hacer, Gary?

—Ponerme en manos del dentista, Benning me aflojó un par de piezas con el último golpe.

—Yo no me refería a eso...

—Respecto a lo demás, no tienes por qué preocuparte. Sinceramente, no tienes sitio en mi vida,

—¿Ah, no? —Exclamó ella, vivamente sulfurada—, Entonces, pedazo de idiota, ¿cómo has podido ser nombrado jefe de la misión arqueológica, cuando había otros más destacados y competentes que tú?

Las manos de Patterson se crisparon sobre el volante. Estuvo a punto de contestar con una inconveniencia, pero logró dominarse

—Vamos, contéstame. —pidió Helen, en vista de su silencio.

—Oh, vete al diablo... —paro, casi en el acto, Patterson se arrepintió de la inconveniencia que acallaba de pronunciar—. Dispénsame —añadió con sequedad.

—De modo que no me crees, ¿eh?

—Claro que te creo. Estoy seguro de que fuiste capaz de visitar al decano Kettelbey y de pedirle para mí la jefatura de esa expedición, mediante el suculento cebo de un buen donativo para la universidad. Pero mucho me temo que va a ser otro el que realice esa expedición.

Helen se echó hacia atrás en el asiento, mientras sonreía maliciosamente.

—Eres un chico encantador, Gary —murmuró.

—Lo mejor será que dejemos de vernos...

—Hasta la próxima —le interrumpió ella, bruscamente.

—No habrá próxima vez.

—Sí, Gary.

—Como quieras, no tengo ganas de discutir.

—Gary, tengo que decirte una cosa.

—Bueno, suéltala.

—Hay algo que me alegra infinito, y es que hayas venido a rescatarme por propia voluntad, sin necesidad de que yo te llamase.

—¿Cómo ibas a hacerlo, si no había teléfono en la cabaña de Benning?

—Por la sencilla razón de que mis poderes me hubieran permitido entrar en contacto telepático contigo. ¿O es que ya has olvidado que vendí mi alma al diablo?

De pronto, Patterson vio un rótulo, al otro lado de un pequeño prado en pendiente. Sin pensárselo dos veces, arrimó el coche a la acera y cortó el contacto.

—Helen, ése es el sitio al que debes ir —dijo, señalando el edificio, en cuyo frontis se leían las dos palabras que indicaban el objeto al que estaba

destinado: «Hospital psiquiátrico.»

Helen se apeó y cerró la portezuela de un manotazo. Luego, muy erguida, echó a andar por la acera. Patterson arrancó de nuevo furiosamente. No, no quería volver más a ver aquella egocéntrica mujer. Pero el instinto le dijo que era un propósito que no podría cumplir.

Aquel mismo día, se llevó una desconcertante sorpresa. El decano Kettelbey no se mostró menos sorprendido.

—¿Helen Hunnicut? Sí, he oído hablar de esa señorita, una especie de águila para los negocios, pero jamás ha dado un solo centavo para la universidad. Por supuesto, yo no hubiera admitido la menor coacción, ni aunque hubiese hecho una donación de diez millones. Puedo equivocarme en mis elecciones para el personal docente, como cualquier otro en mi lugar, profesor; pero de lo que no debe tener usted duda alguna es que si le propuse realizar esas excavaciones, es porque estimé que era, y sigue siéndolo, el hombre indicado. ¿Me ha comprendido, profesor Patterson?

Abrumado, el joven se retiró. ¿Iba a resultar cierto lo que decía Helen?

Y si no era así, ¿cómo se le había podido desarrollar tan repentina y eficientemente la perspicacia que la había llevado a conseguir una posición tan elevada en el mundo de los negocios? Cuatro o cinco años antes, Helen era una joven alocada, que entendía de las finanzas tanto como un salvaje. Y ahora...

Si era verdad que poseía facultades sobrenaturales, ¿había influido quizá en el decano Kettelbey para que le encomendasen la misión arqueológica?

Amargado, lleno de frustraciones, terriblemente irritado consigo mismo y con el mundo, se fue a su casa, donde, a solas, hizo lo que no había hecho nunca hasta entonces: se emborrachó.

Pero el alcohol no resolvió sus problemas.

* * *

La mujer era joven y muy bonita y estaba en el parque con el niño, que empezaba a dar los primeros pasos. La madre y el hijo reían alegremente y componían una estampa de incomparable ternura. Patterson se sintió conmovido al verlos.

De pronto, ella reparó en su presencia.

—¡Gary! —Exclamó—, ¿De dónde sales? ¿Qué es de tu vida, tanto tiempo sin vernos...?

—A decir verdad, no frecuentamos los mismos círculos —sonrió él—, Pero fui a tu casa y una vecina me dijo que tu esposo estaba de viaje y .que tú habías salido con el niño al parque, de modo que decidí buscarte aquí.

Myrna Clarence frunció el ceño.

—Tienes que hablarnos —dijo.

—Sí. Ven, siéntate en este banco.

Myrna colocó al niño en el coche y lo sujetó para que no se cayera.

Después de entregarle un sonajero para su diversión, se sentó junto a Patterson.

—¿Se trata de algo grave, Gary? —preguntó.

—En cierto modo, y quiero ser franco contigo, Myrna. El asunto que me trae aquí es... bien, se refiere a Helen Hunnicut.

—Oh, ha prosperado enormemente. Ahora es dueña de medía ciudad o poco menos. Todo lo que toca se convierte en oro..

—Pero hubo un tiempo en que estaba en la miseria. Myrna desvió la mirada a un lado.

—No nos portamos bien con ella —confesó.

—Helen te acusa de haberle quitado el novio.

—Ken me prefirió a mí. Me gustaba, ¿por qué iba a rechazarle?

—Pero también colaboraste en el despojo.

—Lo siento —murmuró ella—. Es algo que siempre me ha pesado..., y que no nos ha dado demasiada felicidad que digamos. Parece como si hubiera caído una maldición en todos los que intervinimos en aquel asunto. Los Devon, los Carver, Benning también..., y ahora, mi esposo...

—¿Qué le pasa a Ken?

—Sus asuntos van de mal en peor desde la venta de la fábrica. Se siente desesperado y no acaba de encontrar remedio para la catástrofe que se nos avecina.

—Myrna, ¿tiene Helen algo que ver con vuestras dificultades?

—Que yo sepa, no. Ken me lo habría dicho, sin duda.

—¿Dónde está ahora tu marido?

—Ha hecho un recorrido por varias ciudades... Dijo que iba a intentar hacer un esfuerzo para arreglar las cosas... Hoy debe de estar en Memphis, Tennessee. Creo que me llamará a la noche, para comunicarme alguna novedad... Pero hizo el viaje sin esperanzas, sin ninguna fe en sus resultados...

Patterson no dejó de captar la nota de pesimismo que latía en la voz de la joven y sintió una viva simpatía hacia ella.

—Si puedo ayudaros en algo —se ofreció. Myrna hizo un gesto negativo.

—No serviría de nada —contestó desanimadamente—. De todos modos, muchas gracias, Gary.

Súbitamente, un coche de patrulla de la policía se detuvo frente al banco en que se hallaba la pareja. Los dos agentes se apearon. Uno cruzó el césped, mientras el otro quedaba junto al vehículo, apoyado en él y con los brazos cruzados.

El policía se detuvo frente a Myrna.

—¿Señora Clarence?

—Sí. ¿Sucede algo, oficial? —preguntó la joven.

—Nos han llamado de la central. Fueron a su casa, pero no la encontraron. Una vecina indicó que estaría en el parque, con el niño...

—Bien, pero ¿qué pasa? —exclamó Myrna, impaciente.

—Han telefoneado de Memphis, señora. Siento ser portador de malas

noticias... Parece que su esposo ha sufrido un grave accidente de tráfico. .

Myrna lanzó un gemido:

—¡Oh, Dios mío!

—¿Es grave, agente? —inquirió Patterson.

En los ojos del policía había una expresión inequívoca. Patterson entendió inmediatamente el significado de aquella respuesta silenciosa.

—Agente, ¿en qué hospital está ahora mi esposo? —Preguntó Myrna—. Iré inmediatamente a verle...

—El automóvil de su marido chocó en la autopista, a la salida de Memphis, con un camión de transporte...

Myrna vaciló y hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por los brazos de Patterson. E! policía dio un paso hacia adelante.

—La llevaremos a su casa —se ofreció.

—Agente, yo me ocuparé de ella —manifestó Patterson—. Soy amigo de la familia...

—Como quiera, señor. —El policía se tocó la visera de la gorra con dos dedos—.

Lamento haber sido portador de tan malas noticias —se despidió.

Myrna estaba semiinconsciente. Patterson hizo una señal a un taxi que pasaba por allí.

El vehículo se detuvo inmediatamente.

Patterson contempló con pena al chiquillo que jugaba alegremente con el sonajero, completamente ajeno a la tragedia que acababa de producirse. Se preguntó si Helen habría tenido sigo que ver con el terrible accidente en el que Ken Clarence había perdido la vida.

* * *

El coche se detuve frente a la casa y su ocupante se apeó ágilmente. Helen Hunnicut cruzó el jardín, llegó a. la puerta y abrió con su propia llave. Luego, taconeando vivamente el vestíbulo, se dirigió hacía la elegante escalera que comunicaba la planta baja con e! primer piso.

La doncella apareció en aquel instante.

— ¡Señorita, hay...!

—Tengo un poco de prisa. Martha —cortó la joven—. Estoy invitada a una importante reunión y no me gusta ser impuntual.

—Pero, señorita..

—Si le apetece salir, váyase con toda tranquilidad; no sé a qué hora regresaré. Ah, y no se preocupe, yo misma me prepararé el baño,

Helen hablaba sin pararse un solo momento, subiendo las escaleras con notoria rapidez. Entró en su dormitorio y arroje a un lado el bolso y la chaqueta de su traje. Luego quitó la blusa y soltó las presillas de la falda, quedando solamente con las bragas y el sostén y las medias, sujetas por el portaligas. Entonces, súbitamente, se dio cuenta de que no estaba sola.

Lentamente, con las manos en las caderas, se volvió hacia el inesperado visitante.

—Cada vez que nos despedimos, juramos que es la última vez que nos vemos, pero incumplimos nuestra palabra con notoria frecuencia —dijo burlonamente—. ¿Qué es lo que nos pasa, Gary?

Patterson estaba sentado en una butaca, con las piernas cruzadas y los dedos de las manos entrelazados.

—Sería conveniente que te vistieses —dijo con sosegado acento.

Ella adelantó el pie izquierdo, a la vez que sacaba ostentosamente el pecho rebosante de atractivos.

—¿No te gusta el espectáculo? Muchos darían su peso en oro por verme así...

—Yo no tengo oro ni para completar el peso de un solo cabello. Claro que si no te quieres poner una bata... Helen, Ken Clarence ha muerto.

Helen perdió la sonrisa en el acto.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Lo que oyes. Se mató ayer, cuando su coche se estrelló contra un camión, cerca de Memphis.

—Bueno, lo siento mucho, pero yo no he tenido nada que ver con ese accidente.

—Son muchos kilómetros, en efecto, y el informe de la policía de tráfico dice que el accidente se produjo por una falsa maniobra de Ken. Pero creí que te agradaría saberlo.

Helen se encogió de hombros.

—Lo lamento, pero eso es todo —respondió—. Tú ya sabes lo que sucedió entre nosotros, así que, ¿para qué seguir comentando el tema?

Patterson se puso en pie.

—Ken estaba arruinado —dijo.

—Por su culpa. Yo no había hecho absolutamente nada para que fracasara. Incluso le salvé en un principio de la quiebra al comprarle la fábrica.

—Me gustaría creerte...

—Si no me crees, no perderé el sueño —respondió Helen desdeñosamente —. Aunque sí he de confesarte que había dejado a la pareja para el último turno.

—Para saborear, precisamente, el placer de una venganza doble: contra el hombre, por ladrón, y contra !a mujer, por haberte quitado al hombre a quien amabas.

—Sí, de ellos había recibido un daño doble. —Helen hizo un gesto despectivo—. Pero si Ken ha muerto, quizá ya no valga la pena...

—¿Has vuelto a saber de ellos desde entonces?

—No. Creo que se casaron, pero, como te digo, aún no había empezado a ocuparme de la pareja.

Patterson asintió.

—Creo que debo irme —dijo.

—Aguarda un momento. Estoy invitada esta noche a una cena de trabajo. Quieren proponerme para ocupar la vicepresidencia de la Cámara de Comercio estatal.

—Sí, últimamente, te has convertido en un personaje muy importante en la ciudad. Y también en el estado.

Helen llevó la mano a uno de los tirantes del sostén y lo dejó deslizar hacia abajo.

—Pero rechazaría todos los honores por ti —dijo ardientemente.

* * *

El otro tirante cayó también. Ahora, el hermoso pecho de Helen quedaba casi enteramente descubierto. Ondulando con voluptuosos movimientos, avanzó hacia el joven y le puso las manos sobre los hombros.

—Fíjate bien en lo que te ofrezco —murmuró con ardiente voz—. Puedes tener lo que ningún hombre ha tenido de mí hasta ahora.

—¿Ah, sí? —dijo él irónicamente.

—Es cierto, Gary.

—En tal caso, te felicito.

—No me crees —se quejó ella.

—Helen, hace años, aunque no demasiados, te conocí y supe de tus devaneos, por llamarlo de alguna forma. No es cosa que importe demasiado, pero, por favor, no trates de tomarme el pelo.

—¡Te digo que es cierto! —exclamó ella, vivamente irritada—. Puede parecer estúpido y ridículo en estos tiempos, pero aún soy bueno, como se dice en la Biblia, no he conocido varón. Sí, salía con muchos hombres y permitía muchos avances..., pero cuando llegaba el momento definitivo, algo me hacía rechazarlos. No..., no me decidía a entregarme por completo. —Sus ojos brillaron de pronto—. Quizá porque ninguno de ellos era el que yo deseaba llamar «mi hombre».

—Un calificativo que denota posesión —comentó él críticamente.

—Llámalo como quieras, pero ésos son los hechos y nada los puede desvirtuar. En cambio, si tú quisieras.,

—Pero no quiero, Helen.

Patterson levantó ambas manos y separó las de Helen de sus hombros.

—Y no me vayas a tomar por lo que no soy —añadió—. Me gustan las mujeres, y mucho.

—Excepto yo —dijo Helen con voz tensa.

—Ya conoces los motivos.

El pie de Helen golpeó vivamente el suelo de brillante madera.

—¡No, no, a ese precio no te quiero, Gary! Yo también tengo mi orgullo...

—Salta a la vista. Adiós.

—Adiós, una vez más. En realidad, entre nosotros «adiós» significa «hasta la vista».

Patterson maldijo entre dientes. Helen tenía razón. Sí, volverían a verse, porque él no sabía resistir la tentación de hablar nuevamente con ella, aunque ahora hubiera conseguido mantenerse firme, merced a un poderoso esfuerzo de voluntad. Pero no estaba seguro de no rendirse la próxima ocasión, sobre todo, si Helen volvía a hacer una tan clara ostentación de sus innegables encantos corporales

De pronto, cuando ya llegaba a la puerta, oyó la voz de Helen:

—Gary, ¿cuándo partes para tu misión arqueológica? Patterson se volvió. Ella estaba poniéndose una bata.

—Un par de meses, quizá menos. La fecha no es aún definitiva. ¿Por qué quieres saberlo?

—Mera curiosidad. ¿Te acompañará Dagmar Skarrelton?

—Pareció tener cierto interés en un principio, pero ha desistido. Ahora tiene un pretendiente de mejores cualidades que las mías.

Helen lanzó una alegre carcajada.

—Ella no habría sabido soportar esa clase de vida —observó irónicamente.

—Y tú sí, claro.

—Viví diez años en pleno desierto, soportando tórridas temperaturas en el verano y un frío espantoso en el invierno. Sabía arrear las mulas, manejar el pico, empujar las vagonetas con el mineral... No me costaría mucho adaptarme de nuevo a esa vida o a otra muy parecida, Gary.

Patterson movió la mano, para señalar el lujoso ambiente que les rodeaba.

—¿Después de años enteros de vivir en ¡a opulencia? Te estás burlando de mí, Helen. Abrió la puerta y salió. Al quedarse sola, Helen lanzó una interjección en voz baja.

Consultó su reloj.

—Maldita sea, se me hace tarde. En lugar de un baño, tendré que contentarme con una ducha rápida.

Mientras secaba su hermoso cuerpo, de modo casi inconsciente, formuló una pregunta a un ser invisible:

—¿Cómo sabré que he llegado al límite? Creo que no he llegado aún a conseguir ¡a posición que siempre ambicioné ...

—Eso es algo que tienes que decidir tú misma. Helen se asustó y miró alrededor.

Estaba sola en el amplio cuarto de baño. La voz había vibrado con sonidos reales, no la había oído en el interior de su cerebro. No, rio se trataba de una alucinación. Era el diablo quien le había dado aquella respuesta.

—¡Arghaddon! —llamó.

Pero sólo obtuvo el silencio como contestación a su llamada. Y, al cabo de unos momentos, empezó a vestirse, porque se le hacía ya tarde para asistir a la velada de la que iba a ser principal protagonista.

* * *

Oculto tras una de las gruesas columnas que sustentaban el techo del enorme salón, Patterson presenció parte de la reunión, a la que habían concurrido unos tres centenares de los más importantes hombres de negocios de la ciudad. Había representantes de las finanzas, el comercio y la industria, y también estaban el alcalde y el gobernador del estado.

Helen aparecía radiante, con un elegantísimo traje rojo oscuro, de diseño más bien moderado. Cuando el presidente de la Cámara local anunció la propuesta, estalló una cerrada ovación.

Helen se levantó a continuación y pronunció un breve parlamento, agradeciendo el honor que se le confería. Pero también dijo que iba a ser una lucha muy dura, puesto que otras ciudades presentaban también sus candidatos para el mismo cargo. Y en esta clase de asuntos, dijo, se valoraban más las cualidades personales, que la presencia física.

—Aunque sé que mi apariencia es muy agradable. Pero no se fíen solamente de ello, mis queridos amigos...

—Ganaremos, porque nadie presenta como candidato a la mismísima Venus —exclamó un fogoso admirador, provocando un estallido de aplausos.

Luego, el gobernador del estado cerró el turno de oradores, diciendo que, por su cargo, él debía mantenerse neutral y que deseaba ganase el mejor, en las elecciones que se iban a celebrar siete semanas más tarde.

—Pero si yo fuese candidato a ese puesto y conociese a mi contrincante, renunciaría en el acto —concluyó.

Patterson no quiso seguir en el mismo sitio y se marchó discretamente. Helen no le vio.

* * *

Faltaba ya una semana para que Patterson iniciase su viaje. En aquel tiempo, había tenido noticias de Helen, pero de modo indirecto: a través de periódicos, radio y televisión. Helen estaba convirtiéndose en una figura sumamente popular.

Ella parecía Sentirse muy satisfecha de la celebridad alcanzada. Patterson empezó a pensar seriamente en la conveniencia de olvidarla.

Por fortuna, se dijo, iba a estar ausente una larga temporada. Ella también le olvidaría.

Y cuando volviese, la encontraría casada con algún personaje de importancia...

Aquel día, Patterson se encontró con Myrna Clarence. La joven parecía haber superado ya el golpe causado por la muerte de su esposo. Patterson y Myrna charlaron durante un buen rato y luego se separaron. Ella dijo que ya era hora de sacar el niño a pasear.

Entonces, Patterson concibió una idea.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en el despacho de Helen, atropellando a los empleados que trataban de cerrarle el paso.

—Ven —dijo Patterson.

Helen le miró como si estuviese delante de un loco.

—¡Gary! ¿Qué te sucede? —exclamó.

Patterson dio la vuelta a la mesa, agarró una de sus muñecas y tiró vigorosamente.

—Ven, te conviene —insistió.

Un tanto impresionada, Helen se dejó llevar. Cuando estuvieron en el coche, él le hizo una pregunta:

—Todavía insistes en vengarte, supongo,

—Pues... Hace tiempo que no pienso en ello, pero no podría asegurarte lo contrario.

¿Por qué lo dices, Gary?

—Esta es tu ocasión. Aún te queda una persona.

—No recuerdo.

—Myrna Clarence.

—Oh, Myrna. Bueno, está arruinada...

—Te equivocas. Uno de los negocios de Ken dio resultado y ella está percibiendo ahora, como su heredera, sustanciosos beneficios, sin contar con el seguro de vida que su esposo se había hecho, y que ascendía a nada menos que un cuarto de millón.

Patterson conducía y ella se recostó en el asiento.

—Así pues, Myrna es una mujer afortunada,

—Salvo por el pequeño detalle de que es viuda, sí.

—No está mal, Gary, ¿estás proponiéndome que la arruine, para completar mi venganza?

—Exactamente. Siempre lo has querido, ¿no? Además, puedes hacerlo con toda facilidad. ¿No vendiste tu alma al diablo?

Helen dio un salto en su asiento.

—¡Gary! ¿Cómo he de convencerte de que eso es verdad?

—No, si yo te creo...

—No me crees y te burlas de mí Pero piensa un poco. ¿Cómo he conseguido llegar a esta posición? ¿Quién me proporcionó la clarividencia necesaria para saber qué operaciones de Bolsa se debían ejecutar? Habla con Elmo Hustler, mi agente; él te contará muchas cosas al respecto.. Y aún hay más, Gary. —Helen apretó los labios—. ¿Quieres que te dé una prueba de mis poderes?

—Si no tienes inconveniente... —dijo él sarcásticamente.

—¡Suelta el volante! ¡Quita los pies de los pedales!

—¡Helen!

—Haz lo que te digo, si de veras quieres la prueba que deseas.

—Está bien, como gustes.

Patterson retiró los pies hacia atrás y quitó las manos del volante. El coche continuó su marcha sin ninguna dificultad.

Poco más adelante, un semáforo se puso en rojo. El automóvil se detuvo

por sí solo. Al cambiar a verde, arrancó como si él estuviese todavía conduciéndolo. Doscientos metros más adelante, las ruedas delanteras giraron hacia la derecha, a fin de adentrarse en la avenida que conducía al parque.

—¡Basta, basta! —exclamó Patterson.

Helen hizo que el coche se arrimase a la acera y cerró el contacto. Patterson sudaba copiosamente.

—¿Estás convencido? —preguntó ella.

—Por Dios..., esto parece increíble.

—Yo también pensaba lo mismo, hasta que empecé a triunfar —dijo Helen, mientras encendía un cigarrillo que luego puso en los labios del joven —. Pero algo me decía que debía dar ciertas órdenes en operaciones de Bolsa y, cuando daban resultado positivo, me convencía más y más de que mi entrevista con el demonio no era un sueño. Y esto no es todo, Gary.

—¿Hay... más? —preguntó él débilmente.

—Sí.

Helen le contó el encuentro con el ladrón al que había obligado a entregarse a la policía.

—Sin embargo, no hiciste nada cuando te secuestraron —objetó Patterson.

—Bien, en primer lugar, me narcotizaron..., y luego decidí dejar pasar un poco de tiempo, para conocer ¡as reacciones de Benning. Pero puedes tener por seguro que, si no hubieses acudido por propia voluntad, yo te habría llamado.

—Es horrible, horrible... Helen, hay que hacer algo para...

—Vamos, arranca —indicó ella—. Tenías que enseñarme alguna cosa, ¿no? En todo caso, después hablaremos, en mi casa.

Patterson inspiró profundamente y dio el contacto. Un minuto más tarde, detuvo el coche en un lugar discreto.

—Mira —dijo.

Helen vio a Myrna en el césped, jugando alegremente con el niño que, pese a mantenerse en pie, todavía se movía con torpes pasos. El chiquillo lanzaba grititos de alegría cada vez que conseguía coger la pelota que le lanzaba su madre.

—Ahí la tienes —añadió Patterson—, Lo que tiene procede de la parte que correspondió a Ken. Sabes cómo hacerlo, de modo que no te costará mucho dejarla en la miseria. Tú entiendes mucho de esas cosas, me parece.

Helen contempló la escena con los labios fruncidos. Patterson la contemplaba atentamente.

De pronto vio lágrimas en sus ojos. Comprensivo, pisó el acelerador y el coche se separó de la acera.

—Te llevaré a casa —dijo.

CAPITULO X

—Algo tenemos que hacer —manifestó Patterson más tarde—. No sé qué, pero buscaremos a un exorcista... Es preciso que rompas tu pacto con el demonio, aunque ello suponga tu pobreza. A menos que quieras seguir..

—No, no quiero continuar más esta carrera insensata —respondió ella con gran vehemencia—. Ya tengo bastante... —Le miró fijamente—. En estos momentos, daría todo lo que poseo por tener lo que tiene Myrna.

—Ella es viuda —dijo él, muy contento.

—Pero tiene un niño encantador. Su marido le dejó algo que vale más que todos los tesoros del mundo, ¿comprendes?

—Entonces, ¿no le harás nada? Helen inspiró profundamente.

—No —respondió. Se pasó un pañuelo por los ojos—. Creo que necesito retocarme un poco —añadió, con húmeda sonrisa.

—Anda, ve al tocador. Cuando vuelvas tendrás una copa preparada. Y discutiremos muy seriamente tu problema.

Ella le miró con infinita ternura.

—Gary, de todos ¡os hombres que he conocido, tú eres e¡ mejor —calificó —, ¿Qué me diste, para que siempre me sintiera atraída hacia ti?

—¿No crees que yo podría hacerte ¡a misma pregunta? Hemos discutido y hemos peleado casi de continuo; nos despedimos «definitivamente» en cada ocasión, pero siempre volvíamos a encontrarnos...

—Sólo hay una respuesta; estábamos hechos el uno para el otro —dijo Helen. Dio un paso y le besó suavemente en los labios—. Creo que, a partir de ahora, me sentiré siempre segura y protegida.

Patterson asintió.

—Anda, ve y ponte guapa —indicó.

Helen fue al baño y se lavó la cara. Cuando se disponía a reparar los desperfectos de su maquillaje, creyó oír una risa burlona a sus espaldas.

Giró en redondo. Arghaddon estaba allí, recostado contra la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa irónica en sus delgados labios.

—Has ganado, Helen Hunnicut —dijo. Ella se puso una mano en el pecho.

—Devuélveme mi alma —pidió.

—Te he dicho que has ganado.,

—Pero he... cometido crímenes... Arghaddon meneó la cabeza.

—No, nada de lo que sucedió se te puede imputar a ti, aunque creas lo contrario. Todos ellos, los que te despojaron de tu fortuna, tenían trazado su destino. Sam Devon habría perdido igualmente el dinero y su esposa hubiese acabado asimismo como acabó. Los Carver tenían que hacer lo que hicieron, porque no sabían obrar de otra forma. Benning y Clarence no podían evitar tampoco su destino. Tuvieron otra opción y no la eligieron, eso es todo.

—Y yo... he alcanzado una posición eminente... Tengo riquezas sin cuento..

—Pero has sabido detenerte antes del límite.

—Aún puedo subir más...

—No lo harás, porque así lo has decidido hace escasamente una hora —contestó Arghaddon.

—¿Cómo?

—En el parque. Te ofrecieron la ocasión de completar tu venganza, te presentaron una tentación poco menos que irresistible y. sin embargo, supiste mantenerte fuerte. H61en, tu alma es tuya.

Ella sintió una infinita relajación y no sólo corporalmente. La cáscara de dureza y de impiedad que la había envuelto hasta entonces, empezó a desprenderse.

Era como si se convirtiese en una mujer nueva, una especie de segundo nacimiento ocurrido ya en pleno desarrollo.

—Ya no nos veremos más —dijo Arghaddon. Helen sonrió dulcemente.

—Ya no quiero mis riquezas.. Las emplearé en... Servirán para hacer el bien.

—Es una excelente idea, Helen.

—Entonces, adiós, 'Arghaddon.

—No le digas nunca esa palabra a un diablo —rió el visitante. Y, de súbito, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Helen, Helen! ¡Abre, por favor! ¿Te sucede algo? —gritó Patterson.

Un fuerte estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven. Patterson, impaciente, hizo girar el picaporte y entró precipitadamente en el cuarto de baño.

—Helen, por el amor de Dios... Tardabas demasiado y me alarmé...

—No era nada, querido; simplemente, estaba... reflexionando.

Ella se miró al espejo y decidió que sus facciones no necesitaban maquillaje.

—Volvamos abajo, querido —propuso—. Tenemos que trazar planes.

—Yo parto dentro de una semana...

—Iremos los dos juntos. Es decir, si no me rechazas. Patterson pasó una mano por la cintura de la joven.

—¿Cómo podría rechazar el pato feo al bello cisne? —murmuró apasionadamente. Dieron unos cuantos pasos más y, de pronto, en el arranque de la escalera, se abrazaron estrechamente. Las dos bocas se confundieron en un ardiente beso. Pero el delicioso contacto duró apenas un segundo.

Abajo, en el vestíbulo, sonó una voz burlona:

—Aprovéchate, Helen, aprovéchate. Bésale fuerte,.., porque va a ser lo último que hagas en tu vida. Y lo mismo digo de él —exclamó Lars Benning, en cuya mano derecha se veía brillar el pavonado metal de una pesada pistola automática.

Patterson y Helen se quedaron petrificados por el asombro más que por el miedo. La presencia de Benning en la casa resultaba incomprensible.

Pero el joven vio casi de inmediato el brillo de insania en los ojos de

Benning. Era evidente que no había sabido digerir su derrota y ahora volvía para vengarse.

Dio un paso hacia adelante, pero Benning movió el arma.

—¡Quieto ahí! ¡Quietos ahí los dos! —ordenó, con voz estridente.

Avanzó media docena de pasos y, uno a uno, empezó a subir los escalones que conducían al primer piso. Helen extendió una mano.

—Lars, si quieres dinero..

—Ahora ya no me hace falta tu asqueroso dinero —exclamó el sujeto—. Puedes llevártelo al infierno, que es donde estarás dentro de muy poco tiempo, junto con tu amante.

—Lars, no cometas ninguna imprudencia —rogó Patterson—. No empeores tu situación...

—También tú tienes que pagarme una cuentecita —dijo Benning, sonriendo perversamente—. Si te hubieras quedado quieto, yo habría recobrado todo lo que era mío y mi esposa no me habría abandonado...

Patterson se dio cuenta de que era inútil intentar el diálogo con un hombre en cuya mente sólo existía el insano deseo de la venganza a toda costa. Era indudable que Benning había estado alimentando su odio durante meses enteros y ahora, tal vez al conocer por los periódicos la irresistible ascensión de Helen en el mundo de los negocios, se había producido la explosión. Y va no había fuerza humana capaz de controlar aquellos sentimientos ni palabras que hiciesen variar a Benning de unos proyectos largamente forjados en su cerebro enfermo de odio y rencor.

—Atrás, atrás —ordenó Benning—, Al dormitorio de Helen, los dos..

Patterson y la joven obedecieron. Una vez en el dormitorio, Benning les ordenó tenderse en la cama.

Minutos más tarde, quedaban atados al lecho por los cordones de las cortinas. Desde la puerta, Benning lanzó una carcajada demencial.

—Ahora vais a emprender un bonito viaje, un trayecto con un final adecuado para los dos: el infierno. Y cuando lleguéis allí, ya estaréis acostumbrados al calor.

Benning desapareció de la vista de los dos jóvenes. Patterson alzó la cabeza y miró las ligaduras.

—¿Qué se propone hacer ese tipo? —masculló—. Podía haber intentado atacarle, pero me dio miedo por ti...

—Quizá yo tenga la culpa —exclamó ella, sumamente acongojada—. No debí forzar tanto las cosas...

—¡Tonterías! Aunque provocases su ruina, ahora veo que se lo tenía bien merecido. ¿Y qué va a sacar con matarnos a los dos? ¿Conseguirá recobrar el dinero que perdió y que, realmente, no le pertenecía?

Helen sonrió.

—Ahora tú vienes a admitir mis argumentos...

—¡Pues claro que sí! Bueno, hasta cierto punto. De todos modos, eso no tiene ahora demasiada importancia. Lo que interesa es hallar la forma de salir

de este apuro.

Patterson forcejeó con las ligaduras, pero los cordones parecían sólidos y resistieron sus esfuerzos. De pronto recordó su encendedor, que estaba en el bolsillo derecho de su chaqueta.

Con grandes dificultades, consiguió sacarlo. Embarazado por la difícil posición en que se hallaba, trató de encenderlo. Al cabo de varias intentonas, lo consiguió y aplicó la llama al cordón que anudaba sus muñecas. Apretó los dientes para resistir el dolor de la que madura. A su lado, Helen le miraba con ojos llenos de ansiedad.

Súbitamente el cordón cedió. Helen lanzó un gemido de alegría.

—No hagas ruido —aconsejó él—. Si es preciso, escaparemos por la ventana.

En aquel momento, Benning volvía a entrar en la casa, con dos latas de gasolina en las manos. Vació una en los muebles y cortinajes de la planta baja y luego corrió nacía el piso superior.

El olor del combustible llegó muy pronto a la nariz de Patterson. Helen también lo percibió y se puso pálida.

—Dios mío, está loco, loco de remate...

—Nosotros ya estamos libres y escaparemos sin decirle nada —murmuró Patterson, mientras terminaba de soltar las últimas ligaduras de Helen—, Sería muy capaz de acribillarnos a balazos.

Benning llegaba en aquel momento al piso superior. Esparcí el combustible y miró con ojos satisfechos a su alrededor.

—¡Buen viaje al infierno! —exclamó, a la vez que encendía el primer fósforo.

Una atroz llamarada surgió de inmediato. Benning dio media vuelta y huyó a la carrera, Pero cuando llegaba al primer peldaño, su pie se enredó en una ligera irregularidad de la alfombra y perdió el equilibrio.

Un horrible grito se escapó de sus labios, al darse cuenta de que caía irremisiblemente.

Volteó una y otra vez y, de súbito, sintió un terrible chasquido en la pierna derecha.

El dolor, agudísimo, resultó insoportable y le hizo perder el conocimiento durante unos segundos. Cuando lo recobró, se encontró envuelto en una oleada de intensísimo calor.

Miró a todas partes. El fuego había adquirido un terrible incremento. Muebles, cuadros, cortinajes..., hasta el suelo de brillante parquet, ardía en pompa.

Gritó, gritó con toda la potencia de sus pulmones, pero nadie pareció oír sus frenéticas llamadas de socorro. Enloquecido por el pánico, trató de arrastrarse hacia la puerta.

Parecía un insecto al que le hubiesen amputado las patas traseras. En su camino hacia la salida, iba dejando un ancho reguero de sangre. Ya se había olvidado del dolor de su pierna rota. El hueso, astillado, asomaba por la

pernera izquierda del pantalón.

Una cortina llameante cayó de pronto sobre él y le envolvió en un manto de fuego. Se debatió como un poseso, emitiendo chillidos que no tenían nada de humanos. Sus ropas ardieron como si fuesen de paja. Creyó que el fuego penetraba en sus pulmones. Ya no oía nada, salvo el bramido de las llamas. Sabía que gritaba, pero ni siquiera podía escuchar su propia voz.

De repente sintió una serie de terribles golpes en el costado izquierdo. Rápidamente, empezó a sumirse en la definitiva inconsciencia de la muerte. No se enteró de que aquellos golpes eran las explosiones de los cartuchos de su pistola.

Y tampoco oyó el aullido de las sirenas de los coches de bomberos, que acudían a sofocar el incendio.

Fuera, en el jardín, Patterson y Helen permanecían estrechamente abrazados, contemplando el incendio, que ya no había fuerza humana capaz de atajar.

—Pierdes tu casa... —dijo él.

—Pero te gano a ti —contestó Helen, a la vez que escondía su cabeza en el pecho del hombre amado.

* * *

Cuando regresó a su casa, días más tarde, Patterson se encontró a Helen enseñándole a la señora Orines sus últimas adquisiciones.

—Estos chaquetones son impermeables e impenetrables al frío, y lo mismo los pantalones —decía la joven en aquellos momentos—. Las botas son de lo mejor que se fabrica...

—Pero, Helen —exclamó Patterson—, ¿para qué has comprado ese equipo de invierno, que más parece destinado a ser usado en el Polo Norte?

La joven se volvió, radiante de felicidad.

—Pues claro que lo necesitaré en el lugar adonde vamos a ir —contestó—. Allá arriba, en Finlandia, hace muchísimo frío...

—¡Finlandia! —Respingó el joven—, Pero, cariño, ¿tú sabes dónde está Tartessos?

Mejor dicho, dónde se supone que estaba.

—Pues..., la verdad es que no se me ha ocurrido... Pero como el nombre parecía nórdico...

Patterson se echó a reír, a la vez que hacía un brazado con tedas las prendas y se las entregaba al ama de llaves,

—Guárdelas para el día que vayamos a esquiar —dijo—. A donde vamos a ir necesitarás muy poca ropa.

—Vaya, pues yo creía...

—Se supone que Tartessos estuvo edificada en el Sudoeste de España, hace ce dos mil quinientos a mil doscientos años antes de Cristo —explicó él pacientemente—. Era una ciudad rica en oro, plata y estaño, un emporio de

comercio famoso en la antigüedad, y que fue destruida y arrasada en un conflicto surgido tal vez con los fenicios o quizá los cartagineses, seguramente, y como también ocurre ahora, por problemas de la competencia comercial. La arena cubrió las ruinas de la ciudad arrasada v. Bueno, supongo que no te interesará saber más detalles por el momento, creo.

Helen le puso los brazos en torno al cuello. Mildred, discreta, les había dejado solos.

—Tengo toda la vida para conocer la historia de Tartessos —contestó, con ojos que despedían un intenso brillo de pasión—. Y, recuerda, no entiendo nada de arqueología, pero sí sé manejar un pico como el mejor.

—Aprenderás a mi lado —aseguró él—. Con tal de que no te arrepientas...

—No me arrepentiré jamás —declaró Helen cálidamente—. Porque algo me empujó a ti desde el primer momento y sé que gracias a ti no sólo estoy viva físicamente, sino que conseguí rescatar mi alma de aquel pacto insensato que hice en un arrebato de desesperación.

—¿Todavía lo sigues creyendo, Helen?

—No fue un sueño —respondió ella con acento provocador—, Y tú sabes muy bien que no lo fue.

—Sí, creo que tienes razón. Ellos, aunque no establecieran un pacto, también habían vendido su alma al diablo...

—Pero no supieron elegir la opción adecuada.

—Y tú lo hiciste.

Helen calló. Patterson la estrechó fuertemente contra su pecho.

—La boda es mañana —le recordó—, Y pasaremos la luna de miel trabajando...

—Será una maravillosa luna de miel —aseguró Helen, totalmente liberada del odio y la impiedad. Y ello se lo debía, pensó, más que a sí misma, al hombre en cuyos brazos se hallaba y que tanto la confortarían! mientras viviese.

No, el final del trayecto para ella no estaba en el infierno.

FIN